

69

RECUERDO

del

Quincuagésimo Aniversario

de la
BEATIFICACIÓN

de la

AZUCENA DE QUITO

1853 - 1903



4705
376

...ENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA

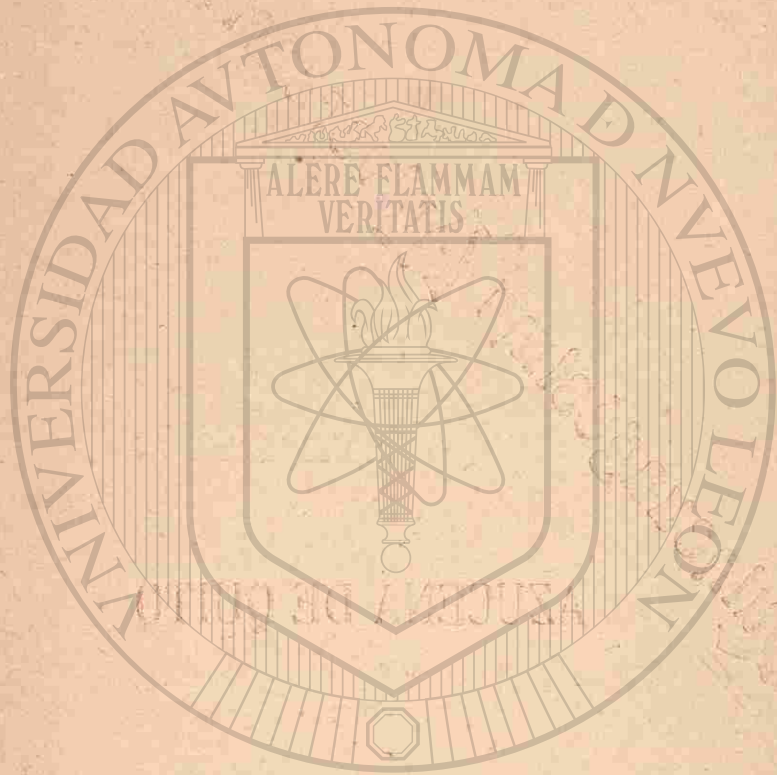
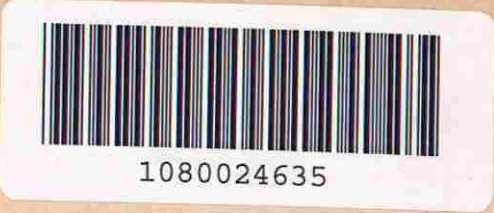
1903

BX4705

.P376

R4

c. 1



RECUERDO



Quincuagésimo Aniversario

de la
BEATIFICACIÓN

de la
AZUCENA DE QUITO

1853 - 1903

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA

1903



Bx4705
P376
R4

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMERITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

125169

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL





IMAGEN DE LA B. MARIANA DE JESÚS

LICENCIA ECLESIASTICA

«Santiago, 7 de Diciembre de 1903.—Visto el informe del revisor nombrado, Pbro. Don Luis Vergara Donoso, se concede la licencia necesaria para la impresión y publicación del folleto intitulado *Recuerdo del quincuagésimo aniversario de la beatificación de la Azucena de Quito*, que desea publicar el Pbro. Don Eliodoro Villafuerte.

Tómese razón.—CLARO, V. G.—Morán C., Secretario.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BX4705
P376
R4

— ❁ 1853-1903 ❁ —

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO

ALERE FLAMMAM
VERITATIS DE LA BEATIFICACIÓN DE LA

B. Mariana de Jesús de Paredes y Flores

LA AZUCENA DE QUITO

La Beata Mariana de Jesús, llamada *Azucena de Quito*, que cual astro luminoso irradia con la brillantísima luz de sus grandes virtudes, en el cielo de la Iglesia Americana, va de día en día haciéndose el objeto de nuestra admiración y piedad.

Y con razón, pues, contemplar á una delicada joven, de noble alcurnia y revelantes prendas, rodeada de todos los encantos de la vida, que desde su tierna infancia, haciéndose émula de los ángeles, se eleva, por la penitencia, el alejamiento del mundo y la oración continua, á una santidad maravillosa, es imposible que no arrebatase la admiración y el amor de toda alma de fe.

Vino al mundo Mariana de Jesús, el 31 de octubre de 1618, en la ciudad de Quito. Convirtió su propio hogar en asilo de santidad, en donde con fervor ardo-

— 3 —

roso, en su corta existencia de 26 años, 6 meses y 26 días, alcanzó el ápice de la perfección cristiana, y nos dejó una estela luminosa de hermosas virtudes.

El gran milagro que asombró al mundo, por el que la Iglesia le dió el nombre de Azucena de Quito, fué la aparición de una esbelta azucena formada de su propia sangre.

Por la aclamación de su santidad y de sus heroicas virtudes, muy pronto hubiera recibido los honores de los altares; pero, el haberse llevado á cabo los procesos de su beatificación en medio de un cúmulo de dificultades y obstáculos, por la vicisitud de los tiempos y mudanzas políticas y religiosas de nuestro continente, explica la demora de más de dos siglos en ser beatificada.

Al fin, el día 20 de noviembre de 1853, el inmortal Pío IX tuvo la gloria de beatificarla. El recuerdo, pues, del quincuagésimo aniversario de tan fausto día celebramos con estas páginas.

LITTERAE APOSTOLICAE

IN FORMA BREVIS PRO

BEATIFICATIONE VEN. SERV. DEI

Mariae Annae a Jesu de Paredes

ALERE FLAMMAM
VERITATIS PIUS PP. IX

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

Virginitatis laudem, quâ nulla praestantior atque illustrior, quaque fragilis hominum natura ad purissimas angelorum mentes proxime videtur accedere, in Ecclesiâ Dei perpetuo floruisse compertum est. Scilicet aetate quâlibet castissimae virgines enituere, quae, restincto voluptatis ardore, domitisque carnis illicebri immaculati Agni nuptias elegerunt. Has inter adnumeranda venerabilis serva Dei Maria Anna a Jesu de Paredes, qua a prima aetate castitatis liliū quum devovisset coelesti sponso, illud assiduis corporis cruciatibus quasi spinis sepire studuit, atque ad extremum usque spiritum conservavit illaesum.

Haec porro, Quiti, quae urbs est Americae meridionalis, pridie Kalendas Novembris, anno MDCXVIII illustribus orta natalibus, sacrisque baptismatis undis illustrata, vel ab ipsa infantia portendere visa est ad quod editum culmen sanctitatis, divina auxiliante gratiâ, esset perventura. Mirabilis in ea morum compositio et

LETRAS APOSTÓLICAS

EN FORMA DE BREVE PARA LA

BEATIFICACIÓN DE LA VENERABLE SIERVA DE DIOS

Mariana de Jesús de Paredes

PIO PAPA IX

PARA PERPETUA MEMORIA

Bien sabido es, que siempre floreció en la Iglesia la virginidad, virtud la más esclarecida é ilustre entre todas, con la cual la frágil naturaleza de los hombres se aproxima muy de cerca á los ángeles. En efecto, en todas las edades han existido vírgenes castísimas, las cuales apagando los ardores de la concupiscencia y domando los estímulos de la carne eligieron las bodas del Cordero sin mancha. Entre ellas ha de contarse la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús de Paredes, la cual habiendo ofrecido desde sus más tiernos años al Divino Esposo el lirio de su pureza, se esmeró en continuas maceraciones de su cuerpo en resguardarle con un vallado de espinas.

Nacida en 31 de octubre de 1618, en Quito, ciudad de la América meridional, de familia ilustre, y purificada en las sagradas fuentes bautismales, pareció pronosticar desde su misma infancia, hasta qué elevado punto de santidad había de llegar con el auxilio de la divina gracia. Brilla en ella desde luego admirable porte y

candor; ardens in Deum pietas, constans erga Immaculatam Genitricem Dei cultus et observantia, assiduum precandi studium eminebat, atque ab ipsa coaequeles puellae omnigena ducebant exempla virtutum. Nulli licet religioso instituto addicta, tribus simplicibus votis castitatis, paupertatis atque obedientiae se obstrinxit, decimum agens aetatis annum, eaque ad ultimum vitae terminum perfectissime servavit. Charitatis igne, quo flagrabat, magis exarsit quum ad sacram mensam accedens divino Christi corpore primum refecta est. Proximorum salutis studiosissima, graviter angebatur tot miseris gentes idolatriae erroribus obvolutas sedere in tenebris atque in umbra mortis; quare aestuabat desiderio dissitas Japoniae, aliarumque regionum tractus adire, ubi verae religionis lumen barbaris gentibus ostenderet. Hinc cum olim laudes audiret trium e Societate Jesu martyrum, qui in Japonia pro christiana fide sanguinem profudissent, inusitato quodam verae fidei propagandae ardore mirabiliter incensa clam se ad iter accinxit. Verum cum initum exsequi concilium minime potuisset, divinae acquiescens voluntati, propriam in domo recessum sibi parare constituit. Itaque in parte suarum aedium interiore se abscondens, ibi coelestem quamdam in vitam rationem. Etenim crebris jejuniis, asperrimisque tormentis virginem corpus affligere, plurimum diei noctisque rebus divinis meditandis impendere, Christi domini cruciatus mortemque acerbissimam jugi cum lacrymarum imbre, intimoque doloris sensu recolere, sanctissimo Eucharistiae pabulo se frequenter reficere consuevit. Quo in vitae genere cum ad annum aetatis suae vicesimum septimum constantissime perstitisset, lethali tandem appressa morbo ad castissimas, quas tantopere

candor de vida, un amor ardiente para con Dios, devoción y culto constante á su Inmaculada Madre, empeño asídúo en la oración; de suerte que hallaban en ella un dechado de todas las virtudes, las compañeras de su edad. Aunque no perteneció á ningún instituto religioso, hizo á los diez años de su edad los tres votos simples de castidad, pobreza y obediencia, los cuales guardó con suma perfección hasta el último aliento de su vida. Inflamóse más en ella el fuego de la caridad, que ya ardía en su pecho, cuando acercándose á la Sagrada Mesa, se alimentó por primera vez con el Cuerpo Divino de Cristo. Como estaba tan deseosa de la salvación de los prógimos, angustiábase fuertemente al considerar tantas naciones envueltas en los errores de la idolatría y sentadas en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y por eso anhelaba ir á las lejanas tierras del Japón y otros reinos, para hacer brillar, entre esas gentes bárbaras, la antorcha de la fe. Oyendo, pues, un día las alabanzas de tres mártires de la Compañía de Jesús, que habían, en confirmación de la fe cristiana, derramado su sangre en el Japón, se dispuso ocultamente al premeditado viaje. Como le fuese del todo imposible llevar á cabo esta su resolución, sujetándose á la voluntad divina, trató de hacer de su propia casa el lugar de su retiro, y retirándose á la parte interior de sus habitaciones, empezó á hacer un género de vida celestial. Maceraba su cuerpo virginal con frecuentes ayunos y acerbísimos tormentos, gastaba la mayor parte del día y de la noche en la meditación de los misterios divinos. Repasaba en su mente con incesantes ríos de lágrimas é internos sentimientos de dolor, los tormentos y la muerte acerbísima de Cristo Nuestro Señor y cobraba

deperibat coelestis sponsi nuptias advolavit, VII Kalendas Junias anno MDCXLV.

Quae venerabilis servae Dei sanctitate opinio animis insederat, aucta plurimum post obitum fuit a famâ prodigiorum quae illâ deprecante a Deo patrata ferebantur. Itaque de more ad congregationem venerabilium Fratrum Nostrorum S. R. E. Cardinalium sacris Ritibus tuendis praepositorum delata causa est circa venerabilis servae Dei virtutes, easque fel. rec. Pius VI praedecessor decreto edito XIV Kal. Aprilis, anno MDCCLXXVI, heroicis fuisse sancivit. Postea instituta quaestio est de miraculis, quae illa suffragante contigisse dicerentur; ac duo potissimum in eodem sacrarum rituum conventu, omnibus maturo judicio perpensis, vera atque explorata reperta sunt, eaque Nos rite probabimus decreto edito pridie idus Januarii, anno MDCCCXLVII. Denique eadem congregatio coram Nobis, in Kalendas Augusti anni vertentis coacta est, auditisque consultorum suffragiis unanimis censuit, cum Nobis visum esset, commemoratam Dei servam Beatam posse declarari cum omnibus indultis, donec illius canonizationis solemnia celebrentur.

Nos igitur, piis enixisque Quitensium praesertim precibus votisque permoti ex commemoratae Cardinalium congregationis consilio et assensu, auctoritate Nostrâ Apostolicâ, harum vi litterarum facultatem facimus atque impertimur, ut eadem Dei serva Maria Anna a Jesu de Paredes BEATAE nomine in posterum nuncupetur, ejus-

nuevos alientos con la recepción continua del Dios de nuestros altares. Habiendo perseverado con suma constancia en este género de vida, hasta la edad de 27 años, herida de enfermedad mortal voló, como ardientemente lo había deseado, á unirse con su celestial Esposo, el 26 de mayo de 1645.

La opinión que ya se tenía de su santidad, acrecentóse muchísimo después de su muerte por la fama de los milagros que, según voz pública, obraba Dios por su intercesión. Presentada la causa ante la Sagrada Congregación de Ritos, con asistencia de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, para deliberar acerca de las virtudes de la venerable sierva de Dios, fueron éstas declaradas heroicas por Pío VI, de feliz memoria, predecesor nuestro, el 18 de marzo de 1776. En cuanto á los milagros, que se decían verificados por su intercesión, dos fueron principalmente reconocidos como verdaderos por la misma Sagrada Congregación de Ritos, después de maduras reflexiones y hechas las requeridas diligencias; y Nos confirmamos tal resolución en nuestro decreto de 12 de enero del año 1847. Finalmente el 1.º de agosto del presente año, reunida la sobredicha Congregación, decretó con aprobación Nuestra, que á la venerable sierva de Dios se la declarase BEATA, con todos los indultos consiguientes, hasta el día de su solemne canonización.

Nos, pues, movidos principalmente por las piadosas súplicas y ardientes deseos de los habitantes de Quito, oído el parecer y con el asentimiento de dichos Cardenales, otorgamos y concedemos por las presentes letras la facultad de que pueda denominarse de hoy en adelante BEATA; que su reliquias (las cuales no han de

que corpus, et lypsana seu reliquiae (non tamen in solemnibus supplicationibus deferendae) publicae fide-
lium venerationi exponantur, atque imagines radiis deco-
rentur. Praeterea eadem auctoritate Nostra concedimus,
ut de illa recitetur officium, et missa singulis annis
de communi Virginum cum orationibus propriis per
Nos approbatis, juxta rubricas Missalis et Breviarii
Romani. Ejusmodi in dioecesi, die XXVI Maii, ab om-
nibus Christi fidelibus tam saecularibus quam regulari-
bus, qui horas canonicas dicere tenentur; et quod ad
missas attinet, etiam ab omnibus sacerdotibus ad eccle-
sias, in quibus festum peragatur, affluentibus. Denique
concedimus, atque indulgemus, ut anno ab hisce litteris
datis primo solemnia beatificationis servae Dei Mariae
Annae a Jesu de Paredes in templis supradictae dioece-
seos celebrentur cum officio, et sacris seu missis duplicis
majoris ritus, quod quidem fieri praecipimus die ab ordi-
nario indicenda, ac posteaquam ea solemnia celebrata
fuerint in basilica Vaticana.

Non obstantibus constitutionibus Apostolicis ac decre-
tis de non cultu editis, coeterisque contrariis quibuscum-
que. Volumus autem, ut harum litterarum exemplis etiam
impressis, dummodo manu secretarii praedictae congre-
gationis subscripta sint, et sigillo praefecti munita, eadem
prorsus fides in disceptationibus etiam judicialibus ha-
beat, quae Nostrae voluntatis significati hinc litte-
ris ostensis haberetur.

Datum Romae apud Sanctum Petrum sub annulo pis-
catoris, die VII mensis Octobris MDCCCL, Pontificatus
Nostrae anno quinto.

A. CARD. LAMBRUSCHINI.

llevarse en procesiones solemnes) puedan exponerse á
la veneración pública de los fieles y que sus imágenes
puedan decorarse con la aureola de los santos. Además,
por la misma autoridad nuestra, concedemos que se
recite anualmente su oficio con misa *De Commune Virgi-
num* y las oraciones aprobadas por Nos, según las rúbri-
cas del Misal y Breviario Romanos. Bien entendido que
dicha concesión, de la cual han de usar todos los obli-
gados al rezo de las horas canónicas, el 26 de mayo, se
refiere solamente á Quito y á su Diócesis. También
podrá decirse la misa por todos los sacerdotes que acu-
dan á las iglesias donde se celebrare dicha fiesta. Con-
cedemos, además, que dentro del año de la publicación
de estas letras, se pueda celebrar en las iglesias de
dicha Diócesis la solemne fiesta de Beatificación de la
sierva de Dios Mariana de Jesús de Paredes, con oficio
y rito doble mayor, pero únicamente en el día por el
Ordinario prefijado, y después de que esta solemnidad
se haya celebrado en la basílica del Vaticano.

Sin que obsten las constituciones apostólicas de *non
cultu* y demás decretos contrarios. Ordenamos, además,
que á los ejemplares de estas letras aunque impresos,
con tal que estén firmados por el Secretario de la sobre-
dicha Congregación de Ritos, y sellados con el sello del
Prefecto de la misma, se les dé, aun en las discusiones
judiciales, el mismo crédito que á estas letras por Nues-
tra propia mano firmadas.

Dado en Roma, bajo el anillo del pescador, el día
séptimo del mes de octubre de 1850, de nuestro ponti-
ficado, el quinto.

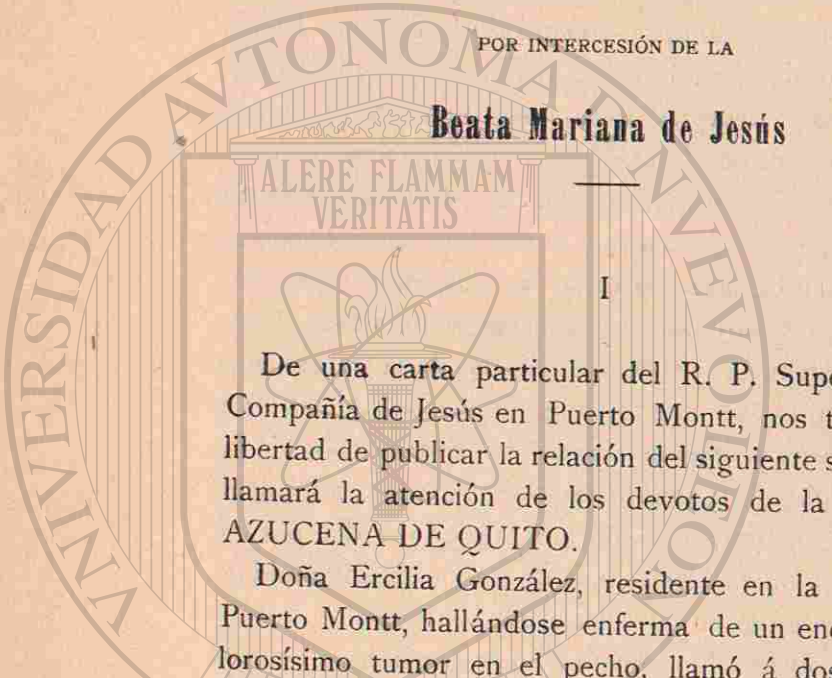
A. CARD. LAMBRUSCHINI.

CURACIONES PRODIGIOSAS

OBRADAS EN EL PRESENTE SIGLO

POR INTERCESIÓN DE LA

Beata Mariana de Jesús



De una carta particular del R. P. Superior de la Compañía de Jesús en Puerto Montt, nos tomamos la libertad de publicar la relación del siguiente suceso, que llamará la atención de los devotos de la admirable AZUCENA DE QUITO.

Doña Ercilia González, residente en la ciudad de Puerto Montt, hallándose enferma de un enorme y dolorosísimo tumor en el pecho, llamó á dos médicos, quienes unánimemente le anunciaron la necesidad de hacerle operación. La enferma, por varias razones, no se resolvió á permitir que se le operara; y el mal seguía de día en día en aumento.

En situación tan angustiada le aconsejaron que se encomendara á la Beata Mariana de Jesús, cuya devoción difundida por los padres jesuitas, es hartó conocida en aquella ciudad. Proporcionaron á la enferma un ejemplar de la Novena en honor de la Beata Mariana de Jesús, publicada últimamente en Santiago, y la hizo con mucha confianza.

Durante los días de la novena, no experimentó el

menor alivio, al contrario, sentía que se agravaba de momento en momento. En la mañana del último día, después de haberla rezado muy temprano, se aumentaron con tanta intensidad los dolores, que vacilaba si debería ponerse en manos de los médicos; pero al mismo tiempo una dulce esperanza le presagiaba, que la Beata Mariana de Jesús le iba á sanar.

No fué vana su esperanza, pues á las nueve de la mañana, mientras estaba sumida en una especie de agonia del vivo sufrimiento, repentinamente, siente que los dolores se mitigan hasta que desaparecen por completo, y que al mismo tiempo el tumor disminuye hasta que, sin erupción alguna, como en dos horas, desaparece totalmente. ¡Admirable prodigio!

No pretendemos adelantarnos al juicio de la Iglesia, antes bien diferimos el nuestro, con la sumisión debida, á su fallo infalible; mas, no siendo posible la explicación del hecho de un modo natural, ó según la ciencia médica creemos, humanamente hablando, indudable la intervención del cielo, y consiguientemente el poder que tiene ante Dios la Azucena de Quito, por cuya intercesión ha recobrado la salud doña Ercilia González.

II

NUEVO PRODIGIO

OBRA DO POR INTERCESIÓN

DE LA

Beata Mariana de Jesús

No se ha encogido la mano del Señor, dice Isaías: *Non est abbreviata manus Domini*; y su omnipotencia sigue manifestándola de siglo en siglo, de generación en generación con portentos propios de sólo Él.

Esto se ha cumplido siempre que ha glorificado la santidad de sus elegidos, como vemos lo hace, en nuestros días, con la admirable Azucena de Quito.

Damos á conocer, con inmensa complacencia, á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento de una carta escrita por el R. P. Eugenio Navarro, de la Compañía de Jesús, residente en la ciudad de Cartagena (Colombia), donde ha tenido lugar el suceso.

Una señora piadosa, muy devota de la B. Mariana de Jesús, tenía á su esposo enfermo de suma gravedad; llena de angustia, pero al propio tiempo, llena también de confianza, dirigiéndose á Mariana de Jesús, le hace una ardiente plegaria, y le pide se compadezca de su situación. No fué menester más, inmediatamente siente

el enfermo que recobra la salud, sin otro remedio que la oración de su esposa á la Sierva de Dios. Informado el médico de lo sucedido, examinó al paciente y declaró que la curación era completa.

¡Ah! Dios es admirable en sus santos; no se ha encogido su mano omnipotente y las maravillas de su misericordia se multiplican para recompensa de los que esperan en Él. Dios no resiste á la oración humilde y llena de confianza; acerquémonos con ella á El, y con fe inquebrantable en la intercesión de la Azucena de Quito, esperemos las manifestaciones de su omnipotencia para nuestro consuelo y felicidad.

III

LA AZUCENA DE QUITO

ALCANZA DE DIOS OTRO PRODIGIO

De un informe enviado á Roma, acerca de la curación prodigiosa de una niñita por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, atestiguado por los padres de la misma enferma, y por el distinguido facultativo doctor Adolfo Peralta V., Decano de la Facultad de Medicina del Azuay, así como por el profesor de farmacia don Mariano Abad Estrella, extractamos el siguiente relato:

En Cuenca, capital de la provincia de Azuay de la República del Ecuador, la niña Angela de Jesús Estre-

lla y Arévalo, de un año y un mes de edad, cuando apenas hablaba una que otra palabra, enfermó de *gastro enteritis*, de tanta gravedad, que no pudiendo su estómago resistir los alimentos ni gotas de agua, después de doce días pasados sin ningún alimento, entró en completa agonía, que duró tres días.

El padre de la niña, doctor Angel María Estrella M. y el señor Decano de la Facultad, doctor Adolfo Peralta, médico de cabecera de la pequeña paciente, esperaban de un momento á otro el desenlace fatal; y cuando el pulso había desaparecido y sólo quedaba intermitente en el corazón, sin esperanza en lo humano, el presbítero don Daniel Hermida, amigo de la familia, tuvo la inspiración de aplicarle una reliquia de la Beata Mariana de Jesús en la mejilla de la enferma. La niñita, que casi ya no daba síntomas de vida, no bien sintió la imposición de la reliquia, la tomó con sus manos y, como para besarla, la puso en sus labios.

Impresionados los padres, postráronse ante la imagen y la reliquia de la Beata Mariana de Jesús, y comenzaron á rezar la novena en su honor. No habían acabado lo concerniente al primer día, oyendo que lloraba la niñita, se acerca la madre á ella, y oye que le dice: ¡*pan!* ¡Admirable portento del cielo! En ese momento, conseguida la gracia de la curación, instantáneamente, por intercesión de la Azucena de Quito, Angela de Jesús Estrella quedaba completamente sana.

En efecto, se le dió alimento, después de haber pasado quince días sin un solo bocado, lo tomó sin dificultad y le hizo tan bien, que sus mejillas estaban sonrosadas al día siguiente. En la actualidad, sigue llena de robustez y gozando de buena salud.

INFORMES

Cuenca, Ecuador, enero 15 de 1902.

El infrascrito, Doctor en Medicina, Profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay, previo el juramento legal, informa: que el hecho antes relacionado es verídico en todas sus partes, y que abriga el convencimiento de que su realización se debió á la poderosa intervención de la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores.

Para que conste donde convenga, da el presente en Cuenca, á 15 de enero de 1902.

ADOLFO PERALTA V.

El infrascrito, profesor de farmacia y abuelo de la niña Angela de Jesús Estrella y Arévalo, atestigua y asegura que el hecho relacionado por los señores doctor Angel María Estrella y Rosario Arévalo es cierto y que lo presencié. Que, como deudo de la expresada niña, por el gravísimo peligro de su muerte, se ocupaba de preparar las cosas necesarias para el entierro del cadáver de la misma niña.

MARIANO ABAD ESTRELLA.

Cuenca, enero 15 de 1902.

AZUCENA

IV

CURACIÓN PORTENTOSA

POR INTERCESIÓN DE LA

Beata Mariana de Jesús, Azucena de Quito

¡Dios es admirable en sus santos! Parece complacerse en enaltecerlos á los ojos de los hombres así como ellos, durante su vida mortal, lo enaltecieron con sus virtudes sobre la tierra.

El 15 del mes de mayo de 1902, tuvo lugar uno de esos prodigios que hacen adorar la diestra omnipotente de Dios y bendecir á sus amigos los Santos.

Por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, conocida con el gracioso nombre de *Azucena de Quito*, Dios se ha servido conceder un favor señalado á la piadosa señora Paulina Dehaene, de nacionalidad francesa, y residente en Santiago de Chile desde hace 15 años.

Me complazco en afirmar, desde luego, que la señora Paulina Dehaene por su carácter serio, sólida instrucción y piedad acendrada es digna de todo crédito. Dejando, sin embargo, al fallo infalible de la Iglesia el reconocimiento, en este hecho, de la acción de una causa sobrenatural, vamos á relatarlo sencillamente como las cosas pasaron.

Desde hace un año, poco más ó menos, dicha señora venía sufriendo de un catarro intestinal ulceroso.

En el mes de diciembre del año 1901, se agravó de tal manera la enfermedad que en adelante le fué necesario renunciar á todo alimento sólido. Con suma dificultad y con una repugnancia vivísima podía tragar algunos sorbos de leche, que luego se veía obligada á arrojar: de tal manera su estómago debilitado no podía retener ni siquiera ese exiguo alimento.

Como es natural, acudió á los auxilios de la medicina; pero con resultado tan poco satisfactorio que la enfermedad no hizo sino agravarse, preludiando un próximo desenlace fatal. Cinco meses hacía que no podía dejar la cama, y se notaban ya en su cuerpo signos exteriores de descomposición interna. Las fuerzas le abandonaban por momentos; sufría dolores intensísimos; se abrasaba interiormente en ardores intolerables, como quiera que, según el testimonio de los mismos médicos, todos los intestinos no formaban sino una llaga.

Un martirio tan doloroso no podía prolongarse mucho. El 28 de marzo, Viernes Santo, creyó la piadosa señora que Dios la llamaba hacia sí, y que le concedía la singular merced de morir en el mismo día que su divino Hijo.

En efecto, como arreciasen de una manera atroz y alarmante sus dolores, y una debilidad extraordinaria, junto con los síntomas precursores de la muerte, le indicasen que la hora de su partida había llegado, mandó llamar á su querido esposo y, con lágrimas en los ojos, le dió su último adiós; pero con esa dulce resignación á la voluntad adorable de Dios, distintivo de los corazones cristianos, que, comprendiendo sus destinos inmortales, saludan con alegría el momento venturoso de abandonar el destierro, para arribar á la verdadera patria, el cielo.

Dios, sin embargo, la reservaba para ocultos designios de su mayor gloria: no había permitido esa enfermedad sino para acrecentar los merecimientos de una buena cristiana y para enaltecer á una gran santa, la *Beata Mariana de Jesús*.

Así las cosas, llegó providencialmente á manos de la enferma *La Hojita Volante* (del 13 de abril), modesta pero utilísima publicación católica que sale á luz en Santiago de Chile; traía en sus columnas la relación de un milagro de la Beata Mariana de Jesús, ocurrido últimamente en la ciudad de Cuenca del Ecuador.

Leer aquel relato y despuntar en el alma de la enferma un rayo de esperanza, fué todo uno. La Beata Mariana de Jesús me va á sanar, se dijo para sí, é incontinenti dió principio á una novena con todo fervor y confianza, en honor de la Beata, para alcanzar por su intercesión la salud perdida.

Abandonó al punto completamente los remedios del arte, poniendo sus esperanzas únicamente en la *Azucena de Quito*.

Pero, acabó la novena y la enfermedad estaba en su punto: Dios ponía á prueba la confianza de esta cristiana fervorosa.

Lejos de desesperar, la enferma se dirigió á la Beata con una oración ardiente y candorosa y, reanimando el fervor de su confianza, comenzó otra novena. Esta vez la Beata no quería hacer esperar más á su fiel devota.

Era el tercer día de la novena. Por la noche, siente la enferma que una súbita revolución se opera en su sér; parecele que todo en su interior se renueva y ocupa su respectivo lugar. Por la mañana, 15 de mayo, en el

colmo de la dicha, siéntese sana y buena y deja escapar de su corazón un grito de asombro, felicidad y agradecimiento á la par.

Manda á una sirviente que le prepare una vianda pesada y de difícil digestión. La sirviente se asombra; no quiere creer á sus oídos; se figura que la señora delira y exclama: «Pero, señora ¿no sabe usted que si toma de ese manjar va á morir en el acto? Si no puede tomar ni un poco de leche ¿cómo podrá soportar usted lo que me pide?» La señora hubo de contestarle que bien sabía lo que hacía y que si no preparaba en el acto lo que le pedía, se vería obligada á preparárselo ella en persona. La señora fué pues obedecida. Momentos después, con un apetito y gusto extraordinarios, sin sentir la menor repugnancia ni el más ligero síntoma de su horrible enfermedad, saboreaba á sus anchas y daba cumplido fin al manjar que había pedido en no escasas proporciones: estaba pues completamente curada.

La señora añade: «Siempre fuí de constitución débil y jamás gocé de salud perfecta; pero ahora me siento robusta y sana como nunca en mi vida. Como toda clase de alimentos sin que me causen el menor daño, y puedo vacar á mis faenas domésticas y ocupaciones de profesora con la mayor facilidad y sin cansancio alguno, siendo así que, antes, no podía sola dar ni un paso sin experimentar acerbos dolores y una fatiga inmensa.»

Diffícil es pintar la alegría de la señora y el entusiasmo y amor con que bendice á su santa protectora. Había prometido publicar el favor recibido y constituirse en ardiente propagadora de la devoción á la Beata Mariana de Jesús y, ahora, da cumplimiento á su promesa, per-

mitiendo que se publique el hecho por todas partes y se recomiende á los católicos el poderoso valimiento de la *Azucena de Quito* ante el trono de Dios.

¡Bendito sea pues el Señor que así glorifica á sus Santos!

RAFAEL DEL POZO,
C. S. S. R.



V
LA ADMIRABLE AZUCENA DE QUITO

SIGUE MANIFESTANDO SU PROTECCIÓN CON UN NUEVO PRODIGIO

La República Argentina ha sido, en esta vez, la escogida para ser teatro de la más espléndida manifestación del cielo, en favor de uno de sus hijos.

Desde que el señor presbítero don Alfredo Araya Pérez, fué nombrado cura y vicario de la parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, de la diócesis de Salta, dió á conocer á sus feligreses, con incansable celo, la admirable santidad de la Bienaventurada Mariana de Jesús. Su gran devoción y piedad hacia la amable y santa joven, no tardó en extenderse hasta los confines de su vasta parroquia, y avivarse la confianza en los corazones devotos que desde entonces le invocaron con amor.

Dios, que es admirable en sus santos, complacido de la fe y confianza con que honraba aquella apartada grey

á su predilecta esposa, la Azucena de Quito, ha confirmado el gran poder que ante Él tiene, con el siguiente prodigio que vamos á contar, según el informe juramentado que tenemos á la vista, enviado por el señor cura don Alfredo Araya P.

«A mediados de noviembre del año próximo pasado 1902, el joven don Ricardo López andando á caballo dejó, por descuido, que el animal en que montaba se enredara entre las ramas de un árbol conocido, en la localidad, con el nombre de *incajuama*, que tiene sus ramas cubiertas de largas y gruesas espinas. Como era de temerse, habiendo chocado fuertemente la rodilla izquierda contra las ramas, una de aquellas terribles espinas se internó, en la parte superior de ella, como tres centímetros.

«Víctima de los dolores más atroces volvió inmediatamente á su casa. La señora Quintina Maurín de L., madre del joven Ricardo, al ver la espina hincada en la rodilla de su hijo, profundamente consternada, lanzó una exclamación implorando, al mismo tiempo, la protección de la B. Mariana de Jesús, con una corta y ferviente plegaria en favor de su hijo.

«La angustia de la señora Maurín era tanto mayor, cuanto sabía por experiencia, que la sangre de su hijo era dispuesta á las más grandes inflamaciones, por pequeños rasguños. Sin embargo; ¡Oh prodigio admirable de la Omnipotencia divina! esa sola plegaria dirigida con fe á la B. Mariana de Jesús fué el remedio completo para aquella desgracia; pues, sin necesidad de recurrir á médico ni medicina alguna, después de la plegaria dirigida á la B. Mariana de Jesús, casi instantáneamente quedó sin dolor y completamente sano, y, lo que es aún

mitiendo que se publique el hecho por todas partes y se recomiende á los católicos el poderoso valimiento de la *Azucena de Quito* ante el trono de Dios.

¡Bendito sea pues el Señor que así glorifica á sus Santos!

RAFAEL DEL POZO,
C. S. S. R.



V
LA ADMIRABLE AZUCENA DE QUITO

SIGUE MANIFESTANDO SU PROTECCIÓN CON UN NUEVO PRODIGIO

La República Argentina ha sido, en esta vez, la escogida para ser teatro de la más espléndida manifestación del cielo, en favor de uno de sus hijos.

Desde que el señor presbítero don Alfredo Araya Pérez, fué nombrado cura y vicario de la parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, de la diócesis de Salta, dió á conocer á sus feligreses, con incansable celo, la admirable santidad de la Bienaventurada Mariana de Jesús. Su gran devoción y piedad hacia la amable y santa joven, no tardó en extenderse hasta los confines de su vasta parroquia, y avivarse la confianza en los corazones devotos que desde entonces le invocaron con amor.

Dios, que es admirable en sus santos, complacido de la fe y confianza con que honraba aquella apartada grey

á su predilecta esposa, la Azucena de Quito, ha confirmado el gran poder que ante Él tiene, con el siguiente prodigio que vamos á contar, según el informe juramentado que tenemos á la vista, enviado por el señor cura don Alfredo Araya P.

«A mediados de noviembre del año próximo pasado 1902, el joven don Ricardo López andando á caballo dejó, por descuido, que el animal en que montaba se enredara entre las ramas de un árbol conocido, en la localidad, con el nombre de *incajuama*, que tiene sus ramas cubiertas de largas y gruesas espinas. Como era de temerse, habiendo chocado fuertemente la rodilla izquierda contra las ramas, una de aquellas terribles espinas se internó, en la parte superior de ella, como tres centímetros.

«Víctima de los dolores más atroces volvió inmediatamente á su casa. La señora Quintina Maurín de L., madre del joven Ricardo, al ver la espina hincada en la rodilla de su hijo, profundamente consternada, lanzó una exclamación implorando, al mismo tiempo, la protección de la B. Mariana de Jesús, con una corta y ferviente plegaria en favor de su hijo.

«La angustia de la señora Maurín era tanto mayor, cuanto sabía por experiencia, que la sangre de su hijo era dispuesta á las más grandes inflamaciones, por pequeños rasguños. Sin embargo; ¡Oh prodigio admirable de la Omnipotencia divina! esa sola plegaria dirigida con fe á la B. Mariana de Jesús fué el remedio completo para aquella desgracia; pues, sin necesidad de recurrir á médico ni medicina alguna, después de la plegaria dirigida á la B. Mariana de Jesús, casi instantáneamente quedó sin dolor y completamente sano, y, lo que es aún

más admirable, quedando la espina dentro de la rodilla; de modo que sintiéndose enteramente bueno, pudo sin la menor dificultad subir de nuevo al caballo y continuar andando. La existencia de la espina dentro de la rodilla, sin causar el menor dolor ni inflamación y esto sin la aplicación de ningún remedio, es indudable un verdadero portento permanente, que puede ser constatado por todos, como efectivamente certifica haber palpado el piadoso párroco señor Araya, al recibir el juramento informativo del suceso.»

CERTIFICADO 1.º—Para dar gloria á Dios y honor á la B. Mariana de Jesús, por cuya intercesión está sano mi hijo, certifico con juramento que es verdadera toda la relación anterior. Doy fe.

QUINTINA MAURÍN DE L.

CERTIFICADO 2.º—Certifico que he visto y tocado la espina que el joven Ricardo López tiene actualmente hincada en la parte superior de la rodilla, cerca de tres centímetros más ó menos. No ha intervenido médico porque en este pueblo, donde ha tenido lugar el suceso, no hay ninguno; en cambio existen muchas personas que atestiguan el hecho arriba narrado.

Parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, enero 1.º de 1903.

PBRO. ALFREDO ARAYA PÉREZ,
Cura y vicario.

VI

OTRO PORTENTO DE LA AZUCENA
DE QUITO

En el quincuagésimo aniversario de la elevación á los altares de la Azucena de Quito, saludémosle con toda la efusión de nuestra alma y ofrezcámosle los sentimientos de la más profunda veneración.

Cincuenta años ha que fué colocada en los altares, con los honores de la beatificación, por el inmortal Pío IX; desde entonces había quedado como olvidada de la generación que acaba, á pesar de ser su vida una epopeya maravillosa de grandes virtudes, ó un himno sublime que canta las magnificencias de Dios para con tan tierna y delicada joven.

Mas hoy, que acaba de aparecer la aurora del nuevo siglo, despierta la devoción á ella en todos los pueblos de nuestro continente: se la invoca con confianza, se la aclama con ternura, y se celebran solemnes festividades en su honor; á estos ecos que la piedad cristiana le dirige desde el suelo, responde ella del cielo con múltiples y admirables prodigios.

En confirmación de lo que decimos, y en homenaje á la memoria de su glorioso aniversario, publicamos en seguida la relación de otro nuevo prodigio que acaba de suceder en el pueblo de San Bernardo, de Chile, por intercesión de la Beata Mariana de Jesús.

El 26 de febrero del presente año de 1903, trabajaba el joven Miguel Valenzuela Grossi, con otros obreros, en el reparo del templo parroquial de San Bernardo,

sobre un andamio de tres metros de altura, cuando inesperadamente, desarmándose el andamio, él y los demás cayeron al suelo.

Como era natural, todos quedaron más ó menos estropeados; mas el joven Valenzuela, que cayó debajo de uno de los compañeros y de algunas tablas y maderos, sufrió tan graves contusiones que fué preciso conducirlo en brazos ajenos á su domicilio, en donde recibió los servicios profesionales del practicante señor Elías Olivares y del doctor Bernardo Burucúa.

Después de los primeros cuidados, el enfermó quedó sumido en profundo malestar: la pierna ligada, porque se la creía dislocada ó fracturada, el brazo inmóvil por el dolor, y la vehemente opresión del pecho, que era indicio de lesión interior, no le permitían el menor movimiento sin sentir los más vivos dolores.

No comía ni dormía, ni aún podía sentarse en la cama; á todo esto la fiebre vino á agravar la penosa situación del paciente.

El 2 de marzo, cuatro días después del suceso, el hermano Bernardo Campoverde, redentorista, devotísimo de la Bienaventurada Mariana de Jesús, supo el triste estado en que se hallaba el joven Valenzuela y fué á su casa, llevándole una imagen de la B. Mariana, para que se encomendara á ella.

Hízolo así el enfermo, y besando la imagen, le prometió que se confesaría, comulgaría y le encendería dos luces en su honor, delante de su efigie, si le alcanzaba de Dios la salud. Cinco minutos después de la promesa que acababa de hacer, siente que todos los dolores y molestias desaparecen instantáneamente; para asegurarse de que es una realidad lo que le pasa, se sienta, se pone

de pie, se mueve en todas direcciones y no experimentando la menor dificultad, se convence de que en realidad está completamente sano, y que su amable protectora, la Azucena de Quito, ha escuchado su plegaria con prontitud inesperada.

Además, en la noche durmió tranquilamente, y así el insomnio, la inapetencia y la fiebre desaparecieron del todo, sin ninguna medicina.

Para cerciorarnos del hecho, trasladándonos á San Bernardo, tuvimos la satisfacción de hablar personalmente, no sólo con el mismo joven Valenzuela, sino también con su padre, que son conocidos en la localidad, y habiéndonos hecho la relación del suceso con toda sencillez, convencidos de la verdad, no pudimos menos que bendecir á la bondad de Dios que tan admirable se muestra en sus santos.

Tales portentos, inexplicables ó siempre dudosos para el hombre sin fe, son para el que tiene la dicha de poseer ese tesoro del cielo, objeto de una dulce esperanza que le impulsa á recurrir á Dios, en las pruebas de la vida, por intercesión de sus siervos y amigos.

Es, pues, indudable que Dios quiere que recurramos á Mariana de Jesús, para otorgarnos, por medio de ella, las gracias que le pedimos. Hagamos la experiencia; pero que sea con aquella fe y confianza que Nuestro Señor quería de los que le pedían milagros en su vida mortal, y veremos por nosotros mismos los efectos de su oración poderosa.

Oh, Mariana, azucena radiante del cielo, los que peregrinamos en la vida os saludamos y bendecimos vuestro nombre glorioso; rogad por nosotros, para que nos hagamos dignos de las promesas de Cristo.

GRACIAS ESPIRITUALES

El poder que tiene ante Dios la Bienaventurada Mariana de Jesús, no se limita á conseguir sólo la salud y el remedio de las necesidades temporales; su intercesión poderosa se extiende, con especialidad, á obtener gracias espirituales y demás dones divinos que han de labrar la felicidad eterna de las almas.

Siempre se ha observado que los santos alcanzan aquellas gracias y virtudes en que ellos más resplandecieron sobre la tierra. Por esto Mariana se complace en alcanzar á sus devotos unas veces el espíritu de recogimiento ó de oración, otras el amor á la Eucaristía, ó el alejamiento del mundo, ó el espíritu de fervor y penitencia.

Y como en su vida, después del amor divino, en lo que más se distinguió fué en la salvación de las almas extraviadas, por las que hizo tantas penitencias, oraciones y buenas obras; sigue también hoy ejerciendo con más eficacia ese divino apostolado en favor de las almas sumergidas en el vicio.

Los siguientes sucesos confirman lo que decimos:

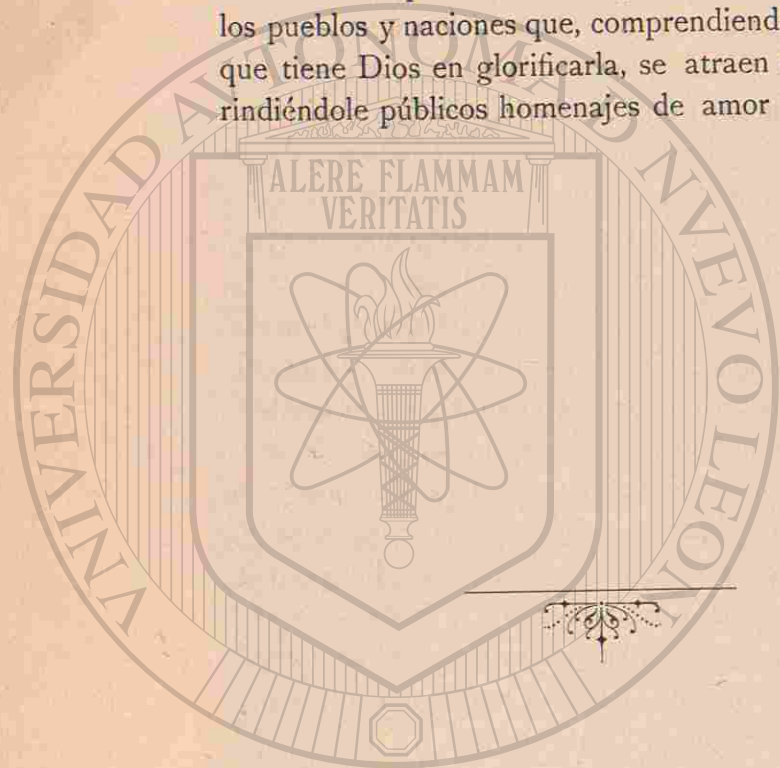
El R. P. Carlos Infante, superior de los PP. de la Compañía de Jesús, de Concepción, en una carta dirigida á un sacerdote amigo suyo, con fecha 10 de diciembre de 1901, en que le habla de la poderosa intercesión de la B. Mariana de Jesús, en favor de los grandes pecadores, se lee:

«De las imágenes de la B. Mariana de Jesús, que tuvo usted la bondad de mandarme, la primera vez que repartí, llegó una de ellas á manos de una mujer de muy mala vida, necesitada en extremo de una gracia extraordinaria para salir del abismo de males en que estaba sumida. ¡Cosa admirable! Aquella desgraciada apenas fijó su mirada en la imagen, sintió en su corazón tan vivo dolor de sus pecados, que quedó tocada de Dios y profundamente compungida; y no quedó en esto sólo, sino que entró á ejercicios, y habiéndose convertido sinceramente, se reconcilió con Dios.»

Y hablando de otra conversión admirable obtenida por la misma Bienaventurada, se expresa así: «A principios de este mes terminamos la Misión que acostumbramos dar á los mendigos; asistieron á ella más de trescientos, y una mujer, que vivía en malas relaciones con un hombre, hacía muchos años, quería convertirse á Dios y casarse para salir de aquel mal estado; pero el cómplice se negaba obstinadamente á recibir el sacramento. En tan angustiosa situación, se encomendó fervorosamente al señor de la Buena Esperanza y le rogó, que por la intercesión de la B. Mariana de Jesús, moviera el corazón de aquel hombre empedernido. Hecha la plegaria volvió á su casa; y, con gran sorpresa, encuentra al hombre enteramente cambiado, que le esperaba para decirle que estaba ya resuelto á casarse. En efecto, hicieron las diligencias, se confesaron ambos y recibieron los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Matrimonio.»

¡Ah, sí! La Azucena de Quito que desde el cielo sigue ejerciendo el celo de su ardiente caridad, en favor de sus hermanos, es en los momentos actuales en que la

Iglesia, movida de inspiración divina, se ocupa en colocar las últimas piedras preciosas en su diadema de inmortal gloria, el motivo de justa esperanza y de consuelo no sólo para las almas que la invocan, sino para los pueblos y naciones que, comprendiendo los designios que tiene Dios en glorificarla, se atraen su protección, rindiéndole públicos homenajes de amor y veneración.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECRETUM

LIMANA CANONIZATIONIS

B. Mariae Annae a Iesu de Paredes

Quiti in lucem edita et *Quitense lilium* merito appellata B. Maria Anna a Iesu de Paredes, non minus virginitate et innocentia quam poenitentia et interiori spiritu floruit. Pestilentia in sua urbe natali invalescente, pluribusque civium millibus succumbentibus, ipsa ad Deum placandum preces, ieiunia et vitam ultro ac libenter obtulit. Placita erat Deo anima illius Virginis, quae quum esset in aetate vigintiseptem annorum, e corporeis vinculis soluta ad caelum evolavit, morbo contagioso in civitate Quitensi extemplo cessante. Post obitum, eius sanctitatis fama praesertim in Americae regionibus diffusa, in dies ita increvit, ut penes Sacrorum Rituum Congregationem Causa beatificationis et canonizationis introducta fuerit. Deinceps virtutibus portentisque rite probatis, Summus Pontifex Pius IX solemniter ritu Ven. Dei Servam ad Beatorum Caelitum honores, cum ingenti Quitensium gaudio, evexit. Quum vero post indultam eidem Beatae venerationem, divina Clementia novis ac frequentibus signis ac prodigiis eius sanctitatem confirmasse feratur, instante Rmo. P. Camillo Beccari Societatis Iesu et huius Causae Postulatore, attentisque litteris postulantiis aliquorum Emorum. S. R. E. Cardinalium, Rmorum. Sacrorum Antistitum necnon Rmi. P.

Praepositi Generalis Societatis Iesu, Rectorum Collegii Pii Latini Americani et Collegii Hiberni in Urbe, et plurium Quitensium civium, Emus. et Rmuus. Dnus. Cardinalis Dominicus Ferrata, eiusdem Causae Relator in Ordinariis Sacrorum Rituum Congregationis Comitiis, subsignata die, ad Vaticanum habitis sequens dubium discutiendum proposuit: « *An sit signanda Commissio Reassumptionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur?* » Emi. et Rmi. Patres Sacris tuendis Ritibus praepositi, omnibus accurate perpensis, et audito R. P. D. Alexandro Verde Sanctae Fidei Promotore rescribendum censuerunt: « *Affirmative seu signandam esse Commissionem si Sanctissimo placuerit.* » Die 21 Aprilis 1903.

Quibus omnibus Sanctissimo Domino Nostro Leoni Papae XIII per infrascriptum Cardinalem Sacrae Rituum Congregationis Praefectum relatis, Sanctitas sua Rescriptum Sacrae eiusdem Congregationis ratum habens, propria manu signata dignata est Commissionem Reassumptionis Causae praefatae Beatae Mariae Annae a Iesu de Paredes, die 22 eisdem mense et anno.

SERAPHINUS CARD. CRETONI,
S. R. C. Praefectus.

L. † S.

† Diomedes Panici, Archiep. Laodicen.,
S. R. C. Secretarius.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECRETO
EN LA CAUSA DE CANONIZACIÓN

DE LA

Beata Mariana de Jesús de Paredes

La B. Mariana de Jesús de Paredes, nacida en Quito y llamada con razón *Azucena de Quito*, floreció no menos por la virginidad y la inocencia, que por la penitencia y el espíritu interior. Asolando la ciudad natal una peste contagiosa de la que habían ya perecido miles de sus moradores, ofreció espontánea y gustosamente oraciones, ayunos y su vida misma, para aplacar la cólera de Dios.

Agradable era á los ojos de Dios el alma de aquella Virgen, y, á la edad de veintisiete años, rompió las ligaduras de su cuerpo y voló al cielo, cesando al instante en la ciudad de Quito la peste que la devastaba.

Después de la muerte, la fama de su santidad difundióse sobre todo por los países de América, y de tal manera tomó incremento de día en día, que la causa de su beatificación y canonización fué introducida ante la Sagrada Congregación de Ritos. Después de aprobados debidamente las virtudes y los milagros, el Soberano Pontífice Pío IX elevó á la venerable sierva de Dios, con rito solemne, á los honores de la beatificación, con inmenso regocijo de los habitantes de la ciudad de Quito.

Pero como, después de la concedida veneración á la misma Beata, pareciera que la divina Clemencia quisiera confirmar su santidad con nuevos y repetidos portentos y prodigios; á petición del Reverendísimo Padre Camilo Beccari de la Compañía de Jesús, Postulador de su causa, y en atención á las cartas postulatorias de algunos Eminentísimos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, de varios Reverendísimos Señores Obispos, del Reverendísimo Padre Prepósito General de la Compañía de Jesús, de los Rectores del Colegio Pío Latino Americano y del Colegio Irlandés, establecido en Roma, y de muchos ciudadanos quiteños, el Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal Domingo Ferrata, Relator de la misma causa, en las sesiones ordinarias de la Sagrada Congregación de Ritos celebradas en el Vaticano, en el día infrascrito, propuso la siguiente duda para que fuera discutida: *¿Conviene que sea nombrada la Comisión de la Reasunción de la causa en el caso y al efecto de que se trata?* Los Eminentísimos y Reverendísimos Padres encargados de la custodia de los Sagrados Ritos, después de un diligente y minucioso examen, y oído el parecer del R. P. D. Alejandro Verde, Promotor de la Santa Fe, juzgaron que se debía responder:

Afirmativamente, esto es, que se puede nombrar la Comisión, si fuere del beneplácito del Santísimo Padre.

Día 21 de abril de 1903.

Habiendo sido hecha la relación de todo á Nuestro Santísimo Señor el Papa León XIII, por el infrascrito Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, Su Santidad, ratificando el Rescripto de la misma Sagrada Congregación, se dignó firmar con su propia

mano, la Comisión para la Reasunción de la referida Causa de la Beata Mariana de Jesús de Paredes, el 22 del mismo mes y año.

SERAFÍN CARD. CRETONI,
Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos.

Lugar + del sello.

† *Diomedes Panici, Arzobispo Laodicen.*
Secretario de la S. C. de R.

EL GRAN DÍA SE APROXIMA

Desde que los padres del Concilio Latino Americano se empeñaron en Roma por la pronta canonización de la admirable Azucena de Quito, se ha despertado la devoción hacia esta angélica Virgen, casi en todos los pueblos del continente sud-americano. Desde entonces se celebran sus fiestas con más esplendor y piedad, se la invoca con fe viva y se implora al cielo, por su intercesión, el remedio á los males y necesidades humanas.

Esto prueba, con evidencia, que Dios quiere glorificarla con la aureola de la canonización; pues ¿qué significan aquellos portentos de curaciones maravillosas acaecidos en Colombia, Ecuador, Chile, Argentina y otros lugares, como también la conversión de grandes pecadores á sólo la invocación del nombre de Mariana de Jesús?

La canonización de un santo no es sólo la glorificación de un predestinado por la voz infalible del Pontífice Santo, que revela al mundo ha llegado á poseer la felicidad infinita; es la aparición de un nuevo astro luminoso en el cielo de la Iglesia Católica; es un nuevo canal de gracias, de luces y de dones celestiales con que el Señor enriquece, por medio del nuevo santo, á la humanidad creyente; es, en fin, un nuevo venero de consuelo, de aliento y de esperanza para los que hacemos la jornada de la vida hacia el puerto esplendoroso de la eternidad.

Hé ahí el fausto anuncio que nos hace de Roma el

Postulador de la causa de canonización de la Beata Mariana de Jesús, de que, en vista del decreto expedido por S. S. León XIII, con fecha 22 de abril de 1903, se aproxima el día de su canonización.

Creemos que al dar esta noticia á las almas piadosas, será un motivo de júbilo para que aumenten su devoción hacia ella, la invoquen con más frecuencia, y hagan cuanto esté á su alcance para que cooperen con sus plegarias y esfuerzos, á la realización del gran acontecimiento que, haciendo aclamar al mundo entero *¡Santa Mariana de Jesús!* hará se le rinda homenajes de veneración de dulía, y se bendiga su nombre por las generaciones venideras.

Con vivo ardor deseamos que se aproxime esa gran solemnidad, no sólo porque será de gloria y honor para los que, habiendo nacido en este continente, somos de su misma raza, religión y lengua, sino porque creemos que ese día será la aurora de bonanza para los pueblos del norte, en especial para el Ecuador, casi siempre agitados por las tormentas revolucionarias que los sume en la desolación, y en un abismo de calamidades indescriptibles.

Desde ese día, Mariana de Jesús que rindió la vida por su patria, será la nueva protectora de América, que velará por la felicidad y conservación de la fe de todas las naciones diseminadas en el Nuevo Mundo.



LO QUE FALTA PARA LA CANONIZACIÓN

DE LA B. MARIANA DE JESÚS

Desde que fué beatificada la Bienaventurada Mariana de Jesús, por S. S. Pío IX, el 20 de noviembre de 1853, no se había dado un solo paso en favor de su canonización. Faltaban dos nuevos milagros, obrados después de su beatificación, requisito indispensable sin el cual nada podía hacer la Iglesia para canonizarla, según lo prescrito por ella misma.

Más desde que se despertó la devoción á la Azucena de Quito, y los pueblos de nuestro continente la invocaron é imploraron su protección, se han realizado admirables y frecuentes prodigios, en Colombia, Ecuador, Chile y la Argentina, cuyas relaciones, referidas anteriormente, han sido enviadas á Roma. S. S. León XIII, de feliz memoria, en atención á los mismos prodigios relatados por el Postulador, dió el Decreto de Reasunción de la Causa de Canonización de la B. Mariana de Jesús, con fecha 22 de abril de 1903, según se lee en él:

Quum vero post indultam eidem Beatæ venerationem, divina Clementia novis ac frequentis signis ac prodigiis ejus sanctitatem confirmase feratur.

Indudablemente, los Eminentísimos Cardenales, Obispos y demás Prelados romanos, así como el Rmo. Padre Preósito General de la Compañía de Jesús y el R. P. Camilo Beccari S. I., Postulador de la Causa, han dirigido sus cartas postulatorias al Santo Padre, solicitando la

iniciación del proceso de canonización de la B. Mariana de Jesús, porque han creído que los prodigios y portentos referidos por el Postulador, podían ser comprobados como verdaderos milagros; de otro modo no sólo la solicitud, sino el mismo decreto pontificio serían inoficiosos.

La Santa Iglesia, por el Concilio de Trento y por la prescripción de Urbano VIII, habiendo reservado á la Silla Apostólica la facultad de aprobar los milagros, en orden á la beatificación y canonización, toca á ella sólo declarar si tales prodigios y portentos atribuidos á la intercesión de personas santas, son ó no verdaderos milagros. A los Obispos pertenece, únicamente, el cuidado de hacer inquisición sobre los portentos que andan en boca del vulgo, y de conservar archivadas las informaciones y probanzas, hasta que la Santa Sede tenga á bien compulsarles, para que instruyan los procesos de tales prodigios, con las formalidades del caso, en orden á la beatificación y canonización.

Según esto, veamos lo que falta para la canonización de la B. Mariana de Jesús (1). La Comisión nombrada por el Decreto de S. S. León XIII, del presente año, se ocupa, en estos momentos, en preparar los artículos para los procesos apostólicos que se deberán hacer en las diferentes diócesis en donde tuvieron lugar los sucesos, los que serán enviados respectivamente por la S. Congregación de Ritos á los Obispos á que instruyan los procesos, para los que cada uno levantará un tribunal de los eclesiásticos más ilustrados de sus propias dióce-

(1) Datos comunicados de Roma por el Postulador de la Causa, de fecha 30 de julio de 1903.

sis, en el que presidiendo harán la inquisición del hecho y recibirán las declaraciones y demás pruebas de los testigos y personas que de algún modo hubieran tenido relación con el prodigio, en conformidad á las instrucciones que recibirán, junto con el sumario lacrado y refrendado con los sellos de la S. Congregación.

Terminados los procesos de las diócesis, serán remitidos á Roma, donde serán examinados con todo rigor. Ventilados del modo dicho, serán presentados, cuando menos dos milagros á la aprobación de los consultores, en tres distintas Congregaciones, llamadas ante-preparatoria, preparatoria y general. La ante-preparatoria se celebrará en la sala del Cardenal Ponente, y asistirán los consultores y los auditores de la Rota; la preparatoria, compuesta de todos los consultores, tendrá lugar delante de los Cardenales; la general será en presencia del Papa, formada por los Cardenales y consultores. Los Cardenales emitirán voto consultorio; si no llega cada milagro á contar con las dos terceras partes de votos, no se dará por aprobado.

Lograda la aprobación de dos milagros en la forma expresada, el Padre Santo celebrará una solemne y final Congregación, reuniendo á todos los Cardenales de Ritos y, además, á todos los Obispos y Prelados que entonces estuvieren en Roma; en esta augustísima asamblea, preguntará *si tuto* podrá procederse á la canonización de la B. Mariana de Jesús?

Oído el aplauso de la Congregación, el Vicario de Jesucristo tomará algunos días de tiempo para hacer oración, y en seguida dirigirá una Bula *Urbi et Orbi*, en la que proclamará la Santidad de la Azucena de Quito, impondrá al mundo entero la veneración á la

nueva Santa, y determinará las fiestas de su canonización (1).

¿Cuándo se celebrarán aquellas solemnísimas fiestas? Si se tiene en cuenta las grandes probabilidades acerca de cuatro prodigios de los ocho que se han enviado á Roma; si se estima en lo que vale el juicio favorable que ha emitido el R. P. Postulador, y las almas piadosas cooperan eficazmente con sus oraciones y con sus limosnas, para los crecidos gastos de las fiestas, (2) no será improbable que se celebren en el lapso de poco más de un lustro ó dos, como sucedió con San Juan B. de la Salle, últimamente canonizado.

(1) Véase LAURI: *Codex pro Postulatoribus*. 1879.

(2) Comunicaciones de Roma anuncian que si los fondos para los gastos de las festividades de la canonización de la B. Mariana de Jesús, que tendrán lugar en San Pedro, y que ascenderán aproximadamente á la suma de cien mil francos, no están listos á la terminación del proceso de canonización, no se podrá proceder á la celebración de las solemnidades.

PANEGÍRICO

EN HONOR DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS

Pronunciado con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación, en la Iglesia del Salvador, por el señor Presbítero don Samuel Silva de la Fuente.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Dilectus meus mihi et ego illi, qui pas-
citur inter lilia.

*Mi amado es todo para mí, y yo soy toda
de mi amado; él cual apacienta su rebaño
entre azucenas. (Cant. de Cant. c. 2, v. 16).*

ILMO. SEÑOR: (1).

Cuando el insigne marino genovés, Cristóbal Colón, puso por vez primera sus plantas en la virgen América, cayó de rodillas delante del Todopoderoso brotando espontáneo en su grande alma un himno de inmensa gratitud. Al mismo tiempo que plantó el estandarte de Castilla, acto por el cual engastaba en la corona de España su perla más preciada, enarboló el precioso lábaro de la cruz, como para consagrar juntamente en el mundo por él descubierto, la soberanía temporal de los Reyes Católicos y la soberanía eterna de Cristo. ¡Quién hubiera dicho á aquel insigne genio que esta doble consagración envolvía una profética visión que el porvenir se encargaría de realizar más tarde! ¡Quién le hubiera asegurado que esa noble tierra que pronto se vió empapada con la sangre de conquistadores y conquistados, en la lucha legendaria que iba á declarar el triunfo definitivo de la civilización cristiana sobre la barbarie, recibiría también en su seno una sangre más generosa y más noble, que no es fruto del crimen que se enciende en el odio, sino de la penitencia voluntaria que se efunde por amor á Cristo!

El Espíritu de Dios espira donde quiere. (2) Ved como sopla sobre

(1) El Ilmo. Señor Roberto María del Pozo, Obispo de Guayaquil.

(2) S. Juan. 3. 8.

un tañedor de cítara y le hace rey y salmista; lleva á un pescador y le coloca á la cabeza de su Iglesia; ilumina á un perseguidor y le convierte en doctor inspirado; resplandece en el alma de un publicano y sale transformado en evangelista. Pues bien, este mismo Espíritu era, católicos, el que iba á inspirar acciones heroicas de sublime caridad en el intrépido corazón de un Martín de Porres y en el alma rebotante de apostólico celo y pastoral prudencia de un Toribio de Mongrovejo; este mismo Espíritu era el que, apoderándose de dos vírgenes electas, Rosa de Santa María y Mariana de Jesús, cuyas existencias parecen cortadas por el mismo molde, llenaron el Nuevo Mundo con un aroma desconocido hasta entonces, con el suavísimo perfume de la más excelsa santidad. ¡Márgenes del Magdalena y del Orinoco, del Paraná y del Amazonas, en adelante nada tendréis que envidiar á las venerables riberas del Jordán, ni á los desiertos de la Nitria y de la Tebaida, en donde se templaron millares de corazones forjados en la purificadora fragua de la caridad! ¡Vosotras habéis contemplado con admiración el sacrificio generoso de muchos soldados del Evangelio que á invitación del venerable Las Casas y del padre Valdivia, sin más bagaje que una cruz y una biblia, ni más guía que su apostólico ardor, desafiaron las persecuciones y los peligros, las crueldades de los hombres y las inclemencias del cielo; vosotras les habéis visto ir dejando un reguero de vívida luz que ha cautivado al salvaje en su escondite hablándole de un amor nuevo y abriendo su corazón á las inefables dichas de la fe, y su espíritu á las generosas corrientes de la civilización cristiana! La gracia de Jesucristo alcanzó hasta los espesos bosques donde no penetra el sol y donde la naturaleza ostenta una naturaleza exuberante de vida y misterioso encanto, y llegó hasta el fondo de las quebradas y hasta la cima de empinadas cumbres, cumpliéndose lo que ya un día había dicho Jesús á sus apóstoles, que serían testigos de su nombre en Jerusalén, en Samaría y hasta en los últimos confines de la tierra.

Nada hay comparable, señores, á la eficacia de la palabra de Cristo. Al revés de los sistemas filosóficos que nos legaron los genios del gentilismo pagano, llenos de ampulosidad en la forma y de inanidad en el fondo, y que por eso mismo, no engendraron ni una obra generosa ni enjugaron una sola lágrima; el cristianismo ha realizado todas sus promesas y, si es posible decirlo, se ha excedido en magnanimidad para cumplirlas. Su historia, no tanto se ha escrito en los libros, cuanto en el fondo de los corazones. A semejanza del

sol, ilumina, calienta y toda luz es por él comunicada; alcanza del uno al otro confin y gobierna á la par con maravillosa dulzura y eficacia soberana. Cuando parece extinguirse en un punto, no temáis: que del mismo modo que voraz incendio, desaparece un instante y es entonces cuando trabaja más activa y eficazmente, así veréis al cristianismo después de pasajeras pruebas, más radiante, más hermoso, más puro que nunca. Las persecuciones, lejos de debilitarlo, le aportan nueva vitalidad y energía, no de otro modo que la poda se la comunica á los árboles; porque las contradicciones y tempestades que destruyen la obra del hombre, no hacen otra cosa que hacer más notoria la eficacia de la obra de Dios.

Cuando el genio sombrío de Lutero se declaró en abierta rebelión contra el Señor, desgarrando la túnica inconsútil de la Iglesia con la violenta separación de Alemania, Holanda y otros estados; cuando alentados los enemigos del poder papal con las enormes proporciones que asumía la lucha de la verdad contra el error en todos los órdenes de la actividad humana, y ya cantaban victoria sobre los despojos de la Iglesia de Cristo; cuando el espíritu de rebelión, el *non serviam* de Luzbel se cernía sobre las almas como una sombra fatídica, llamándolas á una total abjuración del cristianismo; cuando las naciones, hijas ingratas de la Iglesia abandonaban su dulce regazo para abrazar las falaces mentiras de la Reforma; hé aquí que Jesucristo aparece sobre las olas desencadenadas para consolar á su Mística Esposa con la esperanza de un próximo triunfo.

¡Jóvenes naciones americanas, nacidas ayer no más á la vida de la libertad, vosotras estábais llamadas en los designios del Eterno para llenar los vacíos que dejaron en la Iglesia Universal vuestros hermanos del Viejo Continente; y al recoger la gloriosa herencia de fe que os legaron como su joya más preciada los conquistadores castellanos, contrajisteis la responsabilidad de una misión providencial que estaba llamada á influir eficazmente sobre vuestros brillantes destinos!

Y notad, señores, una coincidencia. El apóstol que el señor va á oponer á Lutero para esta obra de redención cristiana, es Ignacio de Loyola, el ínclito fundador de la Compañía de Jesús. Pues bien, yo vengo en esta grandiosa festividad, que se ha querido solemnizar de un modo extraordinario con la presencia de un distinguido Prelado, á hacer el elogio de una virgen que aprendió en la escuela de la Compañía de Jesús aquella ciencia sublime de que se jactaba el

Apóstol cuando dijo: *yo no he pretendido entre vosotros saber otra cosa que Jesucristo y este crucificado* (1). Mariana será de Jesús, se entregará á este Divino Esposo en cuerpo y alma; y en cambio de esta donación tan completa como generosa, Jesús será todo de Mariana; en su corazón reinará por el amor; allí tendrá una morada interior, un tabernáculo santo que le indemnizará de muchas amarguras, donde se le ofrendará continuamente una hostia pura, que se consumirá día y noche en el sacro fuego del sacrificio y de voluntaria inmolación.

Esta será, pues, la base de la división de mi discurso en tres puntos: 1.º Jesús pertenece de todo en todo á sus elegidos; 2.º Los elegidos pertenecen completamente á Jesús; 3.º Este mutuo dominio se verifica por medio de la caridad y de la pureza del corazón.

¡Oh, Redentor Inmaculado de nuestras almas! El amor ligó al madero de la Cruz vuestros brazos y pies sacratísimos! El amor os tiene cautivo en ese tabernáculo en donde moráis perpetuamente para nuestra felicidad; él es también el que os tiene encadenado á nuestros rebeldes corazones con vínculos más preciosos que el oro y las piedras preciosas! Pero ¡ay! vuestras finezas, dulce Redentor mío, son el hábil señuelo con que cazáis las almas y las cogéis con las sútiles redes de vuestro paternal afecto. No extrañéis, entonces, que mientras queden en la tierra corazones en donde el egoísmo no haya del todo secado la savia de la gratitud, que es la fuente de las acciones heroicas, aparezcan cada día en el firmamento de vuestra Iglesia astros de primera magnitud que vivieron un día vuestra vida oculta y hoy, llenos de fulgor, se ostentan como la Bienaventurada Mariana de Jesús para encaminar nuestros pasos á la celestial morada, como en otro tiempo á los magos la misteriosa estrella.

¡Oh, Espíritu Divino! Iluminad mi entendimiento, purificad mis labios, porque sin vuestras luces, toda sabiduría es tinieblas y todo poder, miseria; poned en mis labios palabras dignas de la santidad de este santuario y de la gloriosa virgen cuyo triunfo vengo á proclamar en presencia de vuestro pueblo.

Y Vos ¡oh, Virgen Inmaculada, modelo de las almas castas! Venid hoy á admirar la rara constancia de una aventajada discípula de Vuestro Hijo Divino; venid á añadir una corona más á las innumerables que la Iglesia ha depositado á los pies de la gloriosa Azucena de Quito, permitiendo que mis palabras se inflamen de amor divino

(1) 1. Cor. 2. 2.

bajo la influencia del casto centelleo de vuestros ojos maternales. ¡Oh, dulce Madre mía! No me neguéis este favor que os pido por Vuestro Hijo, por el nombre de vuestra sierva, por vuestra propia glorificación.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE

*Dilectus meus mihi et ego illi, qui pas-
citur inter lilia (Cant. de Cant. 2.16).*

La vida espiritual se encierra toda entera en un comercio ó intercambio entre el Creador y la creatura; y en este cambio es Nuestro Señor el primero y el último en dar. Si examinamos las cosas en el orden temporal, vemos que Dios nos creó, sacándonos de la nada; después de creados nos conserva la vida por un milagro continuado y provee diligentemente á todas nuestras necesidades. En el orden de la gracia, Dios es nuestro, pero con más propiedad aún. Nos dió su gracia gratuitamente por el bautismo. Si después de haber perdido esta gracia, volvemos á recuperarla por la penitencia, es Él quien nos da el primer impulso, como quiera que, alejados de nuestro último fin por el pecado, no podemos volver á Él por nosotros mismos. No podemos concebir ni el más leve pensamiento en orden á la vida eterna, ni aun pronunciar el sacrosanto nombre de Jesús si no es por la continua acción de la gracia. (1)

He traído estas consideraciones porque Mariana de Jesús se encontró desde su más tierna infancia como supeditada por el influjo de los dones y carismas espirituales que la preservaron de cometer en toda su vida el más leve pecado. Es posible que al leer su vida exclaméis: ¡Qué mucho que Mariana fuera santa, si no era mujer como nosotras! Pero yo quiero adelantarme á esta excusa que probablemente acude á vuestra imaginación, para que los ejemplos de sublimes virtudes que elevaron á nuestra bienaventurada hasta la gloria del martirio voluntario, os sirvan no ya de tropiezo, sino de poderoso aguijón para imitarla. Es verdad que Mariana fué visitada

(1) 1. Cort. 12.3.

y enriquecida con excelsos dones; es verdad que la excelencia de sus acciones raya á tan inconmensurable altura que más parecen para admiradas que seguidas. Pero con todo esto, pensad que ella se hizo digna de estos favores por una fidelísima correspondencia á la gracia, y, aunque tenía la misma fragilidad de vuestro sexo, el amor la dió una fortaleza que la hizo heroína de la gracia. ¿Cómo podría verificarse ese cambio espiritual de que os acabo de hablar, si el alma recibiera todo sin dar nada, ó si no diera en proporción de lo que recibe?

Nacida Mariana como la Virgen María, en la ancianidad de sus padres de una manera portentosa, aun antes de ver la luz del día, preséntase á los circunstantes sobre la pieza en que yacía la madre, bajo la forma de una estrella brillantísima que á manera de satélites estaba rodeada de muchas otras más pequeñas. ¡Prodigio admirable que indicaba anticipadamente la alta misión de Mariana, llamada á servir de modelo no sólo á sus compatriotas sino también á todas las mujeres americanas! A la noble ciudad de Quito, llamada por antonomasia *el Vergel de América* estará, pues, reservada la honra de ver florecida en su suelo una preciosa azucena, como la ciudad de los Virreyes había visto poco antes florecer una fragante rosa.

Situada Quito á medio grado de la línea equinoccial donde, como dice un historiador, puestos en admirable consorcio los ardores de la línea con los hielos de erizada cordillera, es siempre extraña á los rigores de helado invierno y á los excesos de abrasado estío, por lo cual jamás vé desnudas del todo sus plantas, ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. ¡Seductora imagen de Mariana por la suave apacibilidad de su carácter siempre templado por la rígida entereza de su austera vida, cuajada de preciosos frutos!

Los favores repetidos con que el cielo se dignó dirigir desde su más tierna edad á la angelical creatura que hoy se venera en los altares, como bienaventurada, mientras se sigue en Roma el proceso de su canonización, indicaban á las claras la misión extraordinaria y providencial á que había sido destinada. Cuando Dios llama una alma á un fin elevado, dice San Bernardino de Sena, la enriquece con dones proporcionados, la rodea de una solicitud tiernísima, dirige sus pasos y corona sus esfuerzos. Aquella Providencia que vela por el humilde vástago que crece en tierra sedienta y agostada ¿dejará abandonada á sí misma y desnuda de todo bien, á

bajo la influencia del casto centelleo de vuestros ojos maternos. ¡Oh, dulce Madre mía! No me neguéis este favor que os pido por Vuestro Hijo, por el nombre de vuestra sierva, por vuestra propia glorificación.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE

Dilectus meus mihi et ego illi, qui pas-
citur inter lilia (Cant. de Cant. 2.16).

La vida espiritual se encierra toda entera en un comercio ó intercambio entre el Creador y la creatura; y en este cambio es Nuestro Señor el primero y el último en dar. Si examinamos las cosas en el orden temporal, vemos que Dios nos creó, sacándonos de la nada; después de creados nos conserva la vida por un milagro continuado y provee diligentemente á todas nuestras necesidades. En el orden de la gracia, Dios es nuestro, pero con más propiedad aún. Nos dió su gracia gratuitamente por el bautismo. Si después de haber perdido esta gracia, volvemos á recuperarla por la penitencia, es Él quien nos da el primer impulso, como quiera que, alejados de nuestro último fin por el pecado, no podemos volver á Él por nosotros mismos. No podemos concebir ni el más leve pensamiento en orden á la vida eterna, ni aun pronunciar el sacrosanto nombre de Jesús si no es por la continua acción de la gracia. (1)

He traído estas consideraciones porque Mariana de Jesús se encontró desde su más tierna infancia como supeditada por el influjo de los dones y carismas espirituales que la preservaron de cometer en toda su vida el más leve pecado. Es posible que al leer su vida exclaméis: ¡Qué mucho que Mariana fuera santa, si no era mujer como nosotras! Pero yo quiero adelantarme á esta excusa que probablemente acude á vuestra imaginación, para que los ejemplos de sublimes virtudes que elevaron á nuestra bienaventurada hasta la gloria del martirio voluntario, os sirvan no ya de tropiezo, sino de poderoso aguijón para imitarla. Es verdad que Mariana fué visitada

(1) 1. Cort. 12.3.

y enriquecida con excelsos dones; es verdad que la excelencia de sus acciones raya á tan inconmensurable altura que más parecen para admiradas que seguidas. Pero con todo esto, pensad que ella se hizo digna de estos favores por una fidelísima correspondencia á la gracia, y, aunque tenía la misma fragilidad de vuestro sexo, el amor la dió una fortaleza que la hizo heroína de la gracia. ¿Cómo podría verificarse ese cambio espiritual de que os acabo de hablar, si el alma recibiera todo sin dar nada, ó si no diera en proporción de lo que recibe?

Nacida Mariana como la Virgen María, en la ancianidad de sus padres de una manera portentosa, aun antes de ver la luz del día, preséntase á los circunstantes sobre la pieza en que yacía la madre, bajo la forma de una estrella brillantísima que á manera de satélites estaba rodeada de muchas otras más pequeñas. ¡Prodigio admirable que indicaba anticipadamente la alta misión de Mariana, llamada á servir de modelo no sólo á sus compatriotas sino también á todas las mujeres americanas! A la noble ciudad de Quito, llamada por antonomasia *el Vergel de América* estará, pues, reservada la honra de ver florecida en su suelo una preciosa azucena, como la ciudad de los Virreyes había visto poco antes florecer una fragante rosa.

Situada Quito á medio grado de la línea equinoccial donde, como dice un historiador, puestos en admirable consorcio los ardores de la línea con los hielos de erizada cordillera, es siempre extraña á los rigores de helado invierno y á los excesos de abrasado estío, por lo cual jamás vé desnudas del todo sus plantas, ni seca en flor la rica esperanza de sus repetidas cosechas. ¡Seductora imagen de Mariana por la suave apacibilidad de su carácter siempre templado por la rígida entereza de su austera vida, cuajada de preciosos frutos!

Los favores repetidos con que el cielo se dignó dirigir desde su más tierna edad á la angelical creatura que hoy se venera en los altares, como bienaventurada, mientras se sigue en Roma el proceso de su canonización, indicaban á las claras la misión extraordinaria y providencial á que había sido destinada. Cuando Dios llama una alma á un fin elevado, dice San Bernardino de Sena, la enriquece con dones proporcionados, la rodea de una solicitud tiernísima, dirige sus pasos y corona sus esfuerzos. Aquella Providencia que vela por el humilde vástago que crece en tierra sedienta y agostada ¿dejará abandonada á sí misma y desnuda de todo bien, á

la tumba de Alejandro, en Macedonia, lloró porque á la edad en que él tenía, aquel había conquistado el mundo. Así Mariana, que por su edad la hemos visto realizar portentos de santidad, se confundía considerando la esterilidad de su vida, pensando acaso que otros santos habían ascendido en su edad á lo más empinado de la montaña de Sión. Al oír, pues, á los padres de la Compañía el elogio de tres misioneros muertos en el Japón por su amor á Dios, inflámase su corazón y abandona todo, anhelosa de encontrar una oportunidad de vengarse de lo que ella considera tibieza. ¡Oh, virgen enamoradísima, vuelve á la casa paterna porque en los inescrutables designios de la Providencia estás destinada á otros tormentos, á los dulcísimos del amor! Vuelve á tu casa porque el Señor que conduce á sus santos según las luces de su Divino Espíritu, te tiene reservada para que te santifiques en tu hogar, sirviendo en el mundo sin ser del mundo, para que sirvas de modelo á millares de almas á quienes ha sido negado el don singularísimo de la vocación religiosa.

Os manifesté en la introducción que cuando Dios destina alguna alma para algún fin particular, la conduce como por la mano, la inspira, la gobierna tan suave como irresistiblemente y cuando quiere apartarse del derrotero que le ha trazado, le cierra el camino con obstáculos de todo punto insuperables. La prudencia consiste entonces en proceder siempre de acuerdo con los impulsos de la gracia y según la regla de un sabio director que á modo de hábil maquinista, ya modera, ya detiene, ya da todo el vapor, si así puede decirse á la alma sujeta á su dirección. Los parientes de Mariana no podían transigir con la idea de verla abandonar á los suyos para ir quien sabe dónde y corriendo quien sabe qué linaje de peligros, á trueque de encontrar el martirio. Propónenle, pues, que á imitación de mil doncellas de su clase, trueque el oro y la seda por el tosco sayal de Santa Clara, para lo cual se mostraban dispuestos á obsequiarle la dote. Acude ella á su acostumbrado oráculo la oración y conoce ser la voluntad de Dios que se santifique en su casa, como lo hiciera también su émula y contemporánea Rosa de Santa María. ¡Cómo podría yo dejar de ver, católicos, en esta conducta de Mariana un reproche para aquellas almas que abrazan un estado de vida que no es para el cual Dios las llamaba, ni aún á pretexto de mayor perfección! ¿Ignoran acaso que la que erró su vocación es como un miembro desarticulado en el cuerpo humano, ó como un pez fuera de su elemento? ¡Oh, si pudiéramos leer en la historia secreta de las conciencias, entonces cuán clara se presentaría á

nuestra vista la vida de muchas que no fué sino un encadenamiento de miserias y caídas, por no haber correspondido á los llamamientos del cielo!

SEGUNDA PARTE

Ya hemos visto cómo Dios entregó á Mariana el tesoro de su Corazón Divino, cómo la alumbró y dirigió en sus primeros pasos en esa edad en que la imaginación, abandonada á fantásticos caprichos y á mil peligrosas quimeras suele extraviar los espíritus mejor dispuestos. Vamos ahora á ver cómo Mariana corresponde á los movimientos de la gracia entregándose sin reserva á la voluntad de su Divino Esposo, desde el momento mismo en que le fué claramente manifestada. Una vez resuelto su destino, la veréis resuelta á cumplirlo con una energía y firmeza que no estaban de acuerdo ni con su edad ni con la fragilidad de su sexo, y para ello excogita un modo de vivir en su casa que le permitiese dar libre expansión á su ansia de padecimientos por amor á Cristo. A semejanza de Catalina de Sena pidió y obtuvo un departamento aparte, donde su corazón pudiera tomar el vuelo á que la instaba el amor y su humildad se encontrara al abrigo de las curiosas miradas del mundo. En aquel solitario albergue de la oración y de la penitencia morará durante catorce años y no saldrá sino para vivir con los habitantes de la celestial Sion, sus verdaderos compatriotas. ¡Oh, Mariana! tú sabías muy bien que el mundo es el enemigo del Evangelio, ó sea, un conjunto de personas que ponen toda su felicidad en las cosas sensibles, que aborrecen la pobreza, los sufrimientos, las humillaciones, que miran como los únicos males; que por el contrario, estiman las riquezas, los honores y los placeres, que se disputan y arrebatan estas cosas con incansable afán y que se aprecian ó desprecian entre sí, según que se posean ó no estos bienes; tú sabías muy bien que el trato con el mundo, después de convertido al cristianismo, se ha vuelto más peligroso que en el tiempo de la lucha con el paganismo, porque suaviza ú oculta astutamente el rigor del Evangelio, para conciliarlo con el veneno de la moral mundana; tú tenías por el mundo el mismo desprecio que por un vil esclavo crucificado

por sus crímenes y por eso repetiste con el Apóstol: (1) *El mundo está crucificado para mí y yo estoy sacrificada para el mundo*; tú le aborreciste con el mismo odio con que le aborreció el Maestro y no temiste por eso sus astutas asechanzas, fiando en la palabra del Salvador: (2) *Tened confianza. Yo he vencido al mundo*. ¡Oh, qué ejemplo y qué reproche para tantos cuya vida no es sino un tejido de transacciones entre su conciencia y los placeres mundanales!

Una vez tomada la resolución y dado el paso heroico de quemar lo que habíamos adorado y adorar lo que habíamos quemado, la gracia se encargará de lo demás. La santidad, católicos, comienza por nuestros esfuerzos inspirados por la gracia, pero no se consume sino por la operación divina. (3) *Neque qui plantat est aliquid neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus*. El hombre comienza el edificio, pero Dios destruirá la obra del hombre para que no quede en ella ni la más leve sombra del amor propio y para ello hará si es necesario, descender el fuego de la tribulación que la depura como el oro en el crisol. ¡Oh! cuán difícil de realizar es este aniquilamiento de la criatura! ¡Cuánto valor se necesita para seguir hasta el fin de la vida esta victoria contra nosotros mismos! (4) *Mi ser es delante de Vos, Señor, como lo que no es*, exclama David, y este profundo anonadamiento le hizo encontrar gracia delante de Dios. Si examinamos la raíz de todos nuestros defectos veremos que el fondo no es sino el amor propio que renace siempre de sus cenizas; es el mezquino egoísmo que se busca siempre á sí mismo y pegándose como vil parásito en el fondo del corazón seca en su raíz la hermosa flor de nuestros merecimientos. (5) *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam*. Mariana había comprendido que si no es el Señor el que edifica la casa sobre el solidísimo muro de nuestro total aniquilamiento, por la práctica de la humildad y de la mortificación interior y exterior, el primer viento de la tentación, la más insignificante contradicción traerán por tierra todo el edificio. Sabía muy bien que si quería resucitar algún día con Cristo en la mansión de las eternas alegrías, es menester que con Él muriese en esta transitoria morada del dolor y

(1) Gal. 6.14.

(2) S. Juan. 16.33.

(3) 1. Cor. 3.7.

(4) Ps. 38.6.

(5) Ps. 126.1.

del llanto. Ah, por esto decía San Pablo: *Quotidie morior*. Ojalá pudiérais también como él decir: cada día muero á los más leves pecados y á las menores imperfecciones, muero á los defectos de carácter y á los defectos naturales, muero á mi voluntad propia, muero á la estimación del mundo, muero á los consuelos de todo género hasta á las dulzuras del espíritu.

Y ¿qué diré yo ahora de la heroica mortificación de Mariana? Muchos santos la igualaron sin duda, pero dudo que la sobrepasaran en esta sublime virtud. Si estudiáis esas vidas veréis en todos la variedad casi infinita de la gracia tan grande como entre las fisonomías corporales, sin salir de los límites de una prodigiosa unidad. Pero en todos veréis resplandecer alguna virtud particular que imprimió á su alma una expresión característica. Esta virtud fué en nuestra bienaventurada el amor á la cruz. El Espíritu Santo le hizo conocer que el cuerpo es un esclavo, que es menester refrenarlo con todas las fuerzas, que la robustez corporal y el progreso en la virtud son como los platillos de una balanza que siempre bajan ó suben alternativamente. Una nobilísima señora de Quito pide permiso, por intermedio del confesor de Mariana, para visitar el aposento de esta angelical virgen y cae desmayada de horror. ¡Qué había visto, Santo Dios! ¡Ah! los instrumentos de la más espantosa carnicería. Aquí un madero imitando un cuerpo muerto colocado en su ataúd, allí disciplinas armadas con puntas de estrellas de acero, cadenillas de hierro con las cuales se azotaba la santa hasta cinco veces al día, cilicios de diferentes clases y hechuras, acá cruces de varias dimensiones y camas de distinto género, pero instrumento á cual más desapiadado, y en todas partes sangre con que estaban salpicadas las murallas y el pavimento. Para que su cuerpo no se acostumbrase al tormento siempre variaba el azote y á imitación de Santa Teresa, formaba un manojo de ortigas con que se descargaba tantos golpes que su cuerpo quedaba hecho una llaga. Muchas veces suplicó á una india esclava que la azotase, pagándole este cruel servicio con vivas muestras de gratitud. Los jueves santos era tal su fervor que sus espaldas eran un arroyo de sangre, pero ¡oh prodigio del Esposo Divino! aparecían los viernes tan tersas que se sentía animada á repetir el azote, pero de modo más cruel y terrible. Ah, señores, yo no acabaría si hubiera de proseguir en la enumeración de los tormentos de Mariana; baste decir que sujetó cada uno de sus sentidos á alguno particular. Siendo hidrópica se abrasaba en una sed desesperante y su mayor placer

era tomar en sus manos un vaso de agua cristalina, contemplarla deleitosamente un instante y efundíala en seguida. Muchas cuasmas pasó con sólo seis onzas de pan, al que añadía á manera de salsa yerbas amargas ó bien un poco de hiel y vinagre. Persuadida de aquella máxima sagrada: (1) *No se sacia el ojo con ver ni el oído con oír*, reprimió la curiosidad con una heroica constancia, hasta en las cosas más lícitas, hasta el punto de no haber visitado jamás otra iglesia que la de la Compañía donde se confesaba, ni regaló el olfato no diré con esencias ó perfumes, pero ni aún con flores, á no ser cuando las manejaba para ofrecerlas á la Santísima Virgen ó á sus celestiales patronos.

Ahora bien, católicos, tanta penitencia comenzada desde los albores de una vida joven, la idea de llegar quizás á una avanzada vejez en medio de tan austerísimo trato ¿serán parte para hacer decaer el ánimo valeroso de Mariana? No temáis, porque ella buscó luego su remedio, teniendo como continuo despertador la idea de la muerte y la inestabilidad de los goces de esta vida. Este pensamiento la infundía un santo valor y llenaba de coraje contra sí misma. ¡Oh Virgen del Señor! Cuando apareciste radiante de gozo el día de tu glorioso tránsito pudiste, como San Pedro de Alcántara, exclamar contemplando sus llagas: ¡Oh, feliz penitencia que me ha deparado tanta gloria!

Si la divina inspiración había mostrado á nuestra santa no ser la voluntad de Dios el que abrazase la vida religiosa, encerrándose en un claustro, no creáis por eso que no le consagrarse en la clausura interior de su corazón, sus bienes, su cuerpo y su libertad con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. Su espíritu de pobreza era tal, que renunció á su cuantioso haber en favor de su hermana y sobrinas y era su más grande goce pedir de limosna lo que había de erogar en favor de sus queridos pobres, quienes la miraban como á bondadosa madre. De su castidad os hablaré más tarde; fué en esta difícilísima virtud eximia, como os pueden decir los ángeles, sus verdaderos émulos. Era tal y tan perfecta su obediencia no sólo con respecto á sus directores espirituales á quienes reverenciaba como á sus ángeles guardianes, sujetándose á su parecer aunque le pareciese que se equivocaban, sino hasta con los parientes con quienes vivía que la reverenciaban como á santa.

Y ¿qué os diré de la oración de Mariana? Serafines de encendido

(1) Ecles. 1.8.

amor que cada día subísteis la mística escala llevando al cielo sus plegarias, decidnos ¿cuál fué el inflamado ardor de su plegaria? Vosotras, jóvenes que ibais á contemplarla en el templo de la Compañía enajenada en éxtasis de arrobadora dulzura como para aspirar de cerca el suave perfume de su piedad y, sobre todo, vosotros sus confesores, que día á día pudísteis palpar los progresos que la gracia hacía en aquel seráfico corazón ¿podréis decirnos algo de la fe ardiente, firme esperanza y abrasado amor de la virgen quiteña? ¡Ah, me parece que la veo, como á Mónica y Agustín en el puerto de Ostia, contemplar el cielo en noche apacible y silenciosa y abismarse en las regiones del infinito, derritiéndose su corazón en nacimiento de gracias por todos los seres que no adoran al Señor; me parece que en esos momentos de sobrenatural exaltación invitaría con el Real Profeta á todos los seres existentes y posibles, racionales é irracionales á alabar, amar y adorar al que amaba su corazón. ¡Ah, Mariana! tú pudiste como Teresa exclamar en el fondo de tu humilde albergue: *¡Oh, dichosa soledad, oh sola felicidad!* A solas con su Dios en el interno retrete de su alma, imponía silencio á los sentidos para que no hablase sino el Amado. No sólo guardaba el silencio con los hombres sino también consigo misma, no entreteniéndose con lo dicho ú oído y aún despojándose de imágenes sensibles, y entonces la mente, no encontrando alimento alguno en los objetos creados, alzaba el vuelo, raudo como el águila atrevida, hasta la enhiesta cumbre de la contemplación. Os recordaré sólo que desde la edad de ocho años permanecía hasta dos horas en la oración que llaman los místicos afectiva, porque obran en ella más el corazón y los afectos que el humano discurso, y después de los diez años consagrara cinco horas y media para la oración mental, fuera de la oración verbal.

No os sorprendáis entonces, hermanos míos, que á quien se mostraba tan rendida, la regalase el Señor con celestiales dulzuras. No extrañéis que al ir á visitarla un sacerdote la encontrase delante de la calavera que en su féretro tenía, con el rostro encendido, los ojos en blanco y entreabierta la boca, toda estática y fuera de sí, sin que volviera de su arrobamiento con el ruido que se hacía para despertarla de su místico sueño. Como no buscaba al Dios de los consuelos, los consuelos de Dios la visitaban con frecuencia. ¿Quién podrá calcular las ilustraciones con que el señor la enriquecería, cuando, según la declaración jurada de sus confesores, la levantó á lo sumo de la contemplación, que consiste en el amor á Dios sin discursos

y sin interrupción? A fin de no distraerse jamás en la oración, y para imitar en todo á su Maestro, inventa una forma de crucifixión, quedándose en una cruz asida por los brazos en unas argollas, durante horas enteras absorta en la consideración de las penas de Jesús y de su dolorida Madre. ¡Ah! señoras, muchas veces solemos tomar los fervores que sentimos en la oración por subida piedad. Pero apenas el primer soplo de la tentación apaga esa momentánea llamarada, caemos en el desaliento, nos creemos perdidos y nos entregamos con frenesí á la disipación de los sentidos. La verdadera y sólida devoción no ama á Dios por solo interés sino especialmente por ser bondad infinita y único objeto digno de nuestra felicidad.

Al trazar esta parte de la vida de Mariana, no puedo olvidar un rasgo de sublime desinterés. Pide al Señor que no la lleve por el camino de los regalos y consuelos y que la haga gustar las amarguras del desamparo de su Esposo en Jetsemaní y en el Calvario. Mientras las apacibles auras del Divino Consolador de las almas dirigió sus rumbos, las aficciones y las penas fueron para ella dulce bonanza; pero cuando se oscureció el Divino Sol que la iluminaba, vióse á oscuras y en espesas tinieblas, viendo trocada la devoción en tedio, y en aridez y sequedad las lágrimas. Dejad á un lado vuestro recelo, si teméis que el corazón de la Santa desfallezca ante esta nueva prueba tan terrible para la humana debilidad, cuando el mismo Redentor en presencia de ella se vió obligado á exclamar:

(1) *¡Padre mio, si es posible que pase de mi este cáliz!* A semejanza de la mujer fuerte, había traído de lejanas tierras en la nave de diligente mercader, preciosos tesoros de paciencia que había venido acumulando en su corazón para los tiempos malos; ella puso la fortaleza como un cinto al rededor de sus espaldas y fortaleció su brazo; la luz de la lámpara de los divinos consuelos se eclipsará momentáneamente, pero pronto la veréis brillar con nuevos fulgores. En medio de su desamparo no cesa de exclamar: «¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni entrar en el tálamo de vuestros favores ó en la bodega del vino suave de vuestros consuelos? Pues, huid de mí, Amado mío. Vengan más tedios y sinsabores; pero miradme aunque de lejos con vuestra gracia y amparo.» Como la Esposa de los cantares atraviesa montes y collados y puebla las calles y plazas con los ecos de su alma dolorida; é imitando á la amante Magdalena, pregunta donde quiera: (2) *Han*

(1) S. Mateo. 26.39.

(2) S. Juan. 20.15.

llevado á mi Señor, si tú lo has tomado dime ¿dónde lo has puesto? Quiso también el cielo aumentar la pena de su hija predilecta quitándole á su Director Espiritual que era el único humano apoyo que tenía para confortarse en tan recia lucha, para que se pareciese en todo á Jesús que aún en su agonía se vió abandonado por sus amigos. ¡Almas que habéis experimentado los desconuelos del espíritu ó que vivís atormentadas por los escrúpulos, aprended en el ejemplo de Mariana de Jesús á levantar vuestros espíritus fatigados desde esta miserable mansión de lágrimas á las alturas serenas del cielo!; no abandonéis entonces ni la confianza ni vuestras prácticas, antes seguidlas con más empeño que nunca; si Jesús á veces parece que se esconde á nuestras miradas, como cuando se perdió en el templo, es para enseñarnos á no buscarnos jamás á nosotros mismos; es para decirnos que cuando parece estar más lejos es cuando está más cerca de nosotros.

En medio de pruebas tan formidable repite Mariana con el Santo Job: (1) *Post tenebras spero lucem* y con el Salmista: (2) *Probasti cor meum et visitasti nocte*. Ella sabía por la experiencia de otros Santos que después de las tinieblas habría de lucir radiante el sol de Jesucristo; no ignoraba que los justos son piedras preciosas cuidadosamente labradas para engastar un día la corona del Rey de los siglos.

Y cuando el señor en su infinita bondad le devuelve sus favores ¡qué inmensa gratitud y hacimiento de gracias! ¡Qué ofrecerse como un holocausto puro, armada de nuevas energías para la lucha ansiosa de sufrir más y más tormentos por su amor! A Mariana le fué dado repetir aquellas palabras: (3) *Quesivi sapientiam palam in oratione mea*. Pues bien, la oración será la que le enseñe la conducta que debe observar en las iluminaciones del triunfo.

TERCERA PARTE

Tres grados de perfección relativa puede recorrer el alma en el camino de la santidad: la vía purgativa, en que ella se purifica de

(1) Job. 17.12.

(2) Ps. 16.3.

(3) Ecles. 51.18.

y sin interrupción? A fin de no distraerse jamás en la oración, y para imitar en todo á su Maestro, inventa una forma de crucifixión, quedándose en una cruz asida por los brazos en unas argollas, durante horas enteras absorta en la consideración de las penas de Jesús y de su dolorida Madre. ¡Ah! señoras, muchas veces solemos tomar los fervores que sentimos en la oración por subida piedad. Pero apenas el primer soplo de la tentación apaga esa momentánea llamarada, caemos en el desaliento, nos creemos perdidos y nos entregamos con frenesí á la disipación de los sentidos. La verdadera y sólida devoción no ama á Dios por solo interés sino especialmente por ser bondad infinita y único objeto digno de nuestra felicidad.

Al trazar esta parte de la vida de Mariana, no puedo olvidar un rasgo de sublime desinterés. Pide al Señor que no la lleve por el camino de los regalos y consuelos y que la haga gustar las amarguras del desamparo de su Esposo en Jetsemani y en el Calvario. Mientras las apacibles auras del Divino Consolador de las almas dirigió sus rumbos, las aficciones y las penas fueron para ella dulce bonanza; pero cuando se oscureció el Divino Sol que la iluminaba, vióse á oscuras y en espesas tinieblas, viendo trocada la devoción en tedio, y en aridez y sequedad las lágrimas. Dejad á un lado vuestro recelo, si teméis que el corazón de la Santa desfallezca ante esta nueva prueba tan terrible para la humana debilidad, cuando el mismo Redentor en presencia de ella se vió obligado á exclamar:

(1) *¡Padre mio, si es posible que pase de mi este cáliz!* A semejanza de la mujer fuerte, había traído de lejanas tierras en la nave de diligente mercader, preciosos tesoros de paciencia que había venido acumulando en su corazón para los tiempos malos; ella puso la fortaleza como un cinto al rededor de sus espaldas y fortaleció su brazo; la luz de la lámpara de los divinos consuelos se eclipsará momentáneamente, pero pronto la veréis brillar con nuevos fulgores. En medio de su desamparo no cesa de exclamar: «¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni entrar en el tálamo de vuestros favores ó en la bodega del vino suave de vuestros consuelos? Pues, huid de mí, Amado mío. Vengan más tedios y sinsabores; pero miradme aunque de lejos con vuestra gracia y amparo.» Como la Esposa de los cantares atraviesa montes y collados y puebla las calles y plazas con los ecos de su alma dolorida; é imitando á la amante Magdalena, pregunta donde quiera: (2) *Han*

(1) S. Mateo. 26.39.

(2) S. Juan. 20.15.

llevado á mi Señor, si tú lo has tomado dime ¿dónde lo has puesto? Quiso también el cielo aumentar la pena de su hija predilecta quitándole á su Director Espiritual que era el único humano apoyo que tenía para confortarse en tan recia lucha, para que se pareciese en todo á Jesús que aún en su agonía se vió abandonado por sus amigos. ¡Almas que habéis experimentado los desconuelos del espíritu ó que vivís atormentadas por los escrúpulos, aprended en el ejemplo de Mariana de Jesús á levantar vuestros espíritus fatigados desde esta miserable mansión de lágrimas á las alturas serenas del cielo!; no abandonéis entonces ni la confianza ni vuestras prácticas, antes seguidlas con más empeño que nunca; si Jesús á veces parece que se esconde á nuestras miradas, como cuando se perdió en el templo, es para enseñarnos á no buscarnos jamás á nosotros mismos; es para decirnos que cuando parece estar más lejos es cuando está más cerca de nosotros.

En medio de pruebas tan formidable repite Mariana con el Santo Job: (1) *Post tenebras spero lucem* y con el Salmista: (2) *Probasti cor meum et visitasti nocte*. Ella sabía por la experiencia de otros Santos que después de las tinieblas habría de lucir radiante el sol de Jesucristo; no ignoraba que los justos son piedras preciosas cuidadosamente labradas para engastar un día la corona del Rey de los siglos.

Y cuando el señor en su infinita bondad le devuelve sus favores ¡qué inmensa gratitud y hacimiento de gracias! ¡Qué ofrecerse como un holocausto puro, armada de nuevas energías para la lucha ansiosa de sufrir más y más tormentos por su amor! A Mariana le fué dado repetir aquellas palabras: (3) *Quiesivi sapientiam palam in oratione mea*. Pues bien, la oración será la que le enseñe la conducta que debe observar en las iluminaciones del triunfo.

TERCERA PARTE

Tres grados de perfección relativa puede recorrer el alma en el camino de la santidad: la vía purgativa, en que ella se purifica de

(1) Job. 17.12.

(2) Ps. 16.3.

(3) Ecles. 51.18.

sus pecados y defectos, la contemplativa ó iluminativa en que el alma es ilustrada interiormente por medio del recogimiento y humildad, y la unitiva, que es la consumación de la caridad en las almas llamadas á la vida perfecta. Puede decirse que Mariana no conoció el primer camino, más bien dicho, su vida entera fué una purificación continua sin que hubiese manchado la estola de su inocencia con el más leve pecado. Ya hemos hablado del segundo grado al tratar de la oración de la santa. Réstame el tercer grado ó sea la perfecta unión de Jesús y Mariana por el amor y la pureza que constituyó como su desposorio místico.

La primera disposición para la perfecta unión entre Dios y su creatura, por medio de la caridad, es la pureza del corazón. Así como á través de un cristal empañado no penetra la luz sino débilmente, así las imperfecciones é impurezas del alma impiden llegar hasta ella los rayos de la lumbre celestial. Y bien, esta fuerza del corazón comprende dos cosas: la pureza de la intención que es como la castidad del espíritu, y la pureza del cuerpo. (1) *Si tu ojo es simple, dice Jesucristo, todo tu cuerpo será luminoso*. Siendo la intención como el ojo del alma y el motivo que la impulsa á obrar, si ese ojo es simple, es decir, si la intención es pura y mira sólo al Creador ¿cómo creer que las acciones que se derivan de nosotros como arroyos de una misma fuente, no participen de esta hermosa luz espiritual?

La gracia, señores, obra siempre que no encuentra obstáculos y su abundancia estará siempre en relación directa con la disposición de nuestro espíritu. Y porque el Señor no le encontró en Mariana sino que al contrario la vió dispuesta á todo acto generoso, llegó ella en el corto término de su vida á un altísimo grado de amor de Dios. ¿Cabe ponderar ahora los subidos quilates de su castidad y pureza? Ya la habéis visto hacer casi por instinto, voto de consagración de su cuerpo y alma á los cinco años, voto que ratifica á los diez con indecible contento de todo su sér. Así como la vida sensual tiene el triste dón de hacer carnal al mismo espíritu, así la penitencia llega á espiritualizar, por decirlo así, la misma carne. ¡Llenaos de santa admiración, señores! El cuerpo de Mariana no experimentó jamás movimiento libidinoso ni tuvo ella pensamiento sensual que deslustrase la sin par brillantez de su alma, por lo cual el cielo quiso,

(1) S. Lucas. 11.34.

por modo maravilloso, ¡manifestar su agrado haciendo brotar una cándida azucena en el mismo sitio regado con su sangre.

¡Oh, celestial virgen puesta por Dios para enseñanza de la mujer americana! Enséñanos el secreto que te hizo semejante á aquella flor de la cual dijo Plinio: *Nulli florum major excelsitas*. ¡Comunicanos por las sendas que te condujo el Altísimo, que secó en tí hasta en su misma fuente la concupiscencia que mata todas las energías del corazón! Y ¿qué os diré, madres que me oís, al observar los funestos efectos de la molicie en la juventud que se levanta? ¡Ah! Inspiradle desde temprano el temor de Dios que es el principio de la sabiduría, vigilad con ojo avizor su educación, evitadle las ocasiones, atrayéndola á entretenimientos lícitos, instruidla con santas máximas y animadla con vuestro ejemplo.

Habiendo encontrado el amor divino en el alma de nuestra virgen un terreno propicio, pronto echó raíces con el riego de la oración; el tallo subió á la altura ostentando en derredor el sublime espectáculo de una virtud comunicativa. Pronto la veréis dar hermosísimos frutos para la vida eterna. Hubo un tiempo una falsa escuela que hacía consistir la perfección en la quietud, en la total destrucción de toda la actividad de nuestro espíritu. Mariana, por el contrario, creía que el espíritu de Dios es sobre todo activo y eficaz; que, como decía San Bernardo, el amor jamás está ocioso y que si no emprende obras es porque no es amor verdadero. El celo por la gloria de Dios la consumía y por eso castigaba en su propio cuerpo las maldades de los hombres.

Se me ocurre que ella, en su deseo de amar y consumirse por su Bien, le diría con San Agustín, con toda la vehemencia de su alma apasionada: *«Me oídenáis que os ame, Dios mío, como si no fuera la mayor de las desgracias dejar de amaros»*. ¡Yo os amo, Señor, le diría también, con todo mi corazón, con toda mi mente, con mis fuerzas todas, y mi único anhelo es poseeros para siempre! ¡Ah quién me diera amaros con un ardor igual al de todos los ángeles, santos comprensores y espíritus celestiales! ¡Oh, mi Dueño y amado de mi alma, os amo más que á mí misma y no pudiendo más os amaría, si me diérais, con la caridad infinita con que os amáis Vos mismo!

¡Ah, señores! ¿cómo podré yo dar una leve idea del afecto de la Azucena de Quito, sintiendo yo por Dios un afecto frío y desmayado? ¡Prestadme, Señor, la elocuencia de los Agustines y Crisóstomos! Pero, con todo ¿cómo poder encerrar en el mezquino labio

humano lo que los cielos no pueden contener? Vuestro amor es vida y es goce, vuestro amor es consuelo y es paz, vuestro amor es incendio que abraza en llamas de inextinguibles ardores.

Cuando Mariana recibía en su pecho á Jesús Sacramentado le comunicaba sensiblemente los efectos de su visita, de tal suerte que un sacerdote al volverse en la misa para decir «*Dominus vobiscum*», vió su rostro lleno de resplandores y encendido como una ascuá. ¡Y le era tan necesario ese pan que si por accidente imprevisto llegaba á faltarle, perdía la salud y las fuerzas corporales!

Dotóla el Señor con el don de lágrimas y cuando se confesaba eran tales los raudales que derramaba como si fuera la mayor delincuente del mundo.

Si fué grande su caridad para con Dios no fué menor la que tuvo para con el prójimo tanto en las espirituales como corporales necesidades. Dice San Bernardo que la caridad hacia el prójimo es la segunda ala del amor. Ya en su niñez abandonó la santa su casa para ir á convertir á los salvajes, empresa que dejó solo por divina inspiración. ¡Ah! era tal su celo por la salvación de las almas que consiguió que todos los domésticos de su casa confesaran cada semana, y cuando sabía de alguna alma que estaba en pecado, redoblabla sus penitencias hasta lograr su conversión. ¡Oh, virgen, te he comparado, con mucho acierto, á la palmera porque cuanto más excelsa más inclina al suelo su cabeza cargada de opimos frutos; y tú también mientras más remontabas el vuelo hacia el cielo de la perfección más abajo te inclinabas para tender tu mano caritativa á los desvalidos de alma y cuerpo! ¡Ah, señores! ¿Cómo ponderar el espectáculo que se ofreció muchas veces á la puerta de su casa? Yo veo allí niños y niñas indígenas en estado de lamentable desnudez, recibir de su propia mano el sustento; la contemplo cuando les enseña los rudimentos de nuestra santa fe con admirable paciencia, la miro escoger entre todos á los que parecen más repugnantes para quitarles asquerosos insectos y besarles en seguida respetuosamente los pies.

¡Qué diferencia entre su caridad y la vuestra! Vosotros amáis á menudo por egoísmo, no por móvil sobrenatural. Amáis á aquellos que os agradan por su carácter y simpatía; ó que os recrean con sus maneras graciosas ó á aquellos de quienes esperáis algún servicio; amáis de una manera caprichosa, inconstante, versátil. ¡Ah! este modo de amar no es cristiano; así aman los paganos. El verdadero

amor de Dios es universal, abarca á todos los hombres, es desinteresado, no buscando sino el bien del prójimo; se conduce siempre por la dulzura, nunca por la violencia. El amor verdadero no se irrita, no es envidioso de la dicha ajena y si triunfa de los otros no es por el mando intemperante que divide sino por la suave eficacia de la persuasión que, sin sentirlo, atrae y subyuga. La caridad es sobre todo paciente.....

Al llegar á este punto, ¿podré dejar pasar una preciosa oportunidad de recordar la invicta paciencia de Mariana con los prójimos y consigo misma? De la primera algo os he dicho. En cuanto á la segunda quiso el Señor añadir á sus asombrosas penitencias voluntarias una larga cadena de cruces y enfermedades que la agobiaron toda su vida. Los últimos ocho años de su vida los pasó con fiebre continua y con un dolor tan intenso que pensaba ella que si le durara un cuarto de hora seguido, le quitara la vida. Y cuando sus parientes le dicen que pida á su Esposo le quite sus dolores ¿sabéis qué contesta? ¡Cómo puedo yo suplicarle tal cosa habiéndole pedido que me los dé y cuando tan dadivoso se ha dignado concedérmelos!

No concluiré, mis hermanos, sin hablaros de los grandes favores con que el cielo quiso mostrar aún durante la vida la especialísima ternura que le merecía nuestra bienaventurada.

Dióla el Señor el don de profecía con que ha solido obsequiar á las almas puras y virginales, cuya vista parece penetrar con maravillosa claridad en los sucesos del porvenir. Si á Juan Evangelista le fué dado ver primero que al mismo Pedro, que era cabeza de la Iglesia, al Redentor después de la resurrección es porque su virginidad le hizo vidente ó profeta. ¡Oh, almas puras! sois émulas de los ángeles porque viviendo aprisionadas en vaso material y corruptible adquirís la transparencia, la agilidad, la brillantez de los puros espíritus. ¡Felices vosotras porque veréis al Señor en la otra vida, seguiréis al Cordero adonde quiera que vaya y formaréis la guardia de honor del Rey que se apacienta entre los lirios!

Enriquecióla Dios también con el don de milagros extraordinarios que hizo en vida y después de muerta. Aquel Señor que es magnífico y generoso en sus recompensas, aquel Señor que nos ha asegurado que no dejará sin premio un vaso de agua dado al pobre en su nombre ¿dejaría sin galardón á la que hizo de su alma un santuario, de su cuerpo un holocausto y de su vida entera una ofrenda?

(1) *Sicut socii passionum estis sic eritis et consolationis.* Después de haberla Dios afligido con tantas penas, viene á regalarla con el goce anticipado de la bienaventuranza inundando su alma con celestiales delicias.

La paz, la dulce paz del corazón desconocida por los esclavos del mundo, la libertad de los hijos de Dios que triunfa de los sentidos y hasta de la muerte ¿qué otra cosa fueron sino carismas con que Dios enriqueció una alma tan madura para el cielo? ¿Lo creeréis, hermanos míos? en medio de todas sus penas y dolores siempre tuvo Mariana retratada en su apacible rostro la alegría de los ángeles y jamás le faltaron las fuerzas para pulsar la guitarra y entonar canciones amorosas, que á modo de saetas de amor subirían á clavarse en el corazón de Dios.

Ha llegado, católicos, la hora de concluir. La vida de los santos, por mucho que se diga, tiene algo de misterioso y sublime que nos será dado conocer en el gran día. Si me habéis seguido con paciencia en esta descarnada narración del heroísmo de Mariana de Jesús, tal vez habréis encontrado que supera nuestras fuerzas. Lo confieso. Pero, señoras, si podéis decirme: yo no puedo hacerlo todo, no podréis decirme: yo no puedo hacer algo. Podréis decirme: no tengo fuerzas para tomar la disciplina y abandonar mi blando lecho, pero no podréis observarme: no puedo ser humilde, caritativa, celosa en el cumplimiento de los múltiples deberes domésticos.

Entre tanto, se aproxima la hora de la liberación y del triunfo. (2) *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.* No quiso el Señor privar á su sierva de una última corona: la del martirio. Aquella cuya vida fué una continua inmólación verá coronada su frente con la diadema de las vírgenes y en sus manos empuñará la palma de los mártires. Dice San Gregorio que es heroicamente caritativo quien se ofrece por la vida y salud del prójimo. Pues bien, habiendo enviado Dios sobre Quito una serie de espantosos temblores de tierra agravados por una terrible epidemia, un predicador sube al púlpito y después de excitar al pueblo al arrepentimiento como Moisés ofrece al señor su vida, pero su oferta no es aceptada. Mariana que le escucha quiere disputar al sacerdote la gloria del martirio. Dios la oye y su oferta fué aceptada. Oh, Mariana, ¿qué fuego es el que te abrasa? ¿qué deseos son esos de ser bautizada

(1) 2. Cor. 1.7.

(2) Ps. 115.15.

con bautismo de sangre y como estás violenta hasta verlo realizado? ¡Ah! la fiebre que de tí se apoderó era efecto del amor divino.

Por eso te oigo decir como Cristo agonizante: *Scitio*, tengo sed, pero sed de amor, tengo sed de abrasarme en vivos tormentos, sed de morir por mi Bien. Por eso las medicinas serán impotentes: pronto extenderás tus alas para volar á otras playas donde podrás aspirar las brisas celestiales.

¿Quién podría dar, católicos, un fiel trasunto de las virtudes de que dió pruebas Mariana durante su última enfermedad? Ni aún en esos supremos momentos abandonará la idea de sufrir sin tasa, ni buscará una postura cómoda, y para dar una última prueba de amor á la pureza pedirá al Señor reduzca, al expirar, sus despojos mortales á menudo polvo y ceniza á fin de libertarlos de todo contacto humano.

Me parece que en esos instantes escucharía la voz del Esposo que le diría como á la esposa de los Cantares: (1) *«Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y vénte al campo pues ya pasó el invierno y cesaron las lluvias. Oh, casta paloma mía, tú que andas en los agujeros de las peñas y en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, pues ella es dulce y lindo tu rostro. Ven al Líbano y serás coronada».*

¿Quién podrá decir ahora los sentimientos de piedad ternísima con que Mariana se dispuso á recibir el Santo Viático, que por humildad no hizo venir de la parroquia sino del hospital de los pobres? ¿Cuál de los circunstantes que la acompañaron entonces no sentiría enternecido el corazón al verla recibir al Huésped Divino, al imán de su corazón y de su vida, arrodillada á los pies del sacerdote y deshecha en lágrimas? ¿Cómo sondear las avenidas de consuelo con que Dios inundaría su alma? Sólo sé decir que después de besar con delicia las llagas del Crucifijo y de posar dulcemente sus labios sobre la corona de espinas, sin experimentar los horrores de la agonía en un acceso de purísimo amor, expiró á los veintiseis años de edad.

Y ahora ¿intentaré, hermanos míos, proponer á vuestro ejemplo tan santa muerte? ¡Ah! la muerte es el espejo de la vida.

En esa hora tremenda es cuando el justo recoge el fruto de sus buenas obras y el malvado contempla con espanto los terribles efectos de una mala vida. ¡Qué dulce es morir cuando se cree, se espera

(1) Cant. 2.10.

y se ama! ¡qué dulce es morir cuando se ha servido á Cristo, cuando se ha vivido para imitarle y se espera recibirle! ¡qué dulce es morir cuando se sabe que la muerte es la puerta que nos abre la entrada á la eterna y dichosa vida!

¡Oh, Divino Redentor! ¿Cuál será nuestra suerte por toda la eternidad? Nos será dado sentarnos en el festín de vuestros ángeles ó seremos para siempre condenados al tormento de no amarnos? Ah, hermanos míos, si no sois del número de los predestinados haced del modo que lleguéis á serlo; volved á los tiempos de vuestro primitivo fervor inspirados en el suave ejemplo de los santos é imitadlos siquiera en la medida de la gracia que se os ha concedido.

Y tú, ¡celestial virgen Mariana! tú cuya vida se consumió en el amor de Dios y en obsequio de las almas pecadoras; tú cuya muerte fué ofrendada en satisfacción de los pecados de tu pueblo, vénos hoy á tus pies implorando tu poderoso valimiento; y ya que el cielo te otorgó siempre lo que pediste, haz que tus virtudes inspiren los corazones de las jóvenes cristianas y les comuniquen vivos deseos de perfección; alcánzanos á todos el don de la perseverancia final y que colocados bajo el amparo de nuestra dulce madre María, merezcamos cantar en los atrios celestes un himno de eterna gratitud.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA AZUCENA DE QUITO

6

LA JOVEN CRISTIANA EN EL HOGAR

Es indudable que, entre la multitud de males que deploramos en nuestros días, uno de los más graves y de funestas consecuencias es la vida frívola y sibarita de la juventud.

El nacimiento del alma á la vida sobrenatural, y su desarrollo progresivo, debieran ser el objeto de nuestros anhelos; pero, hoy por hoy, las aspiraciones de la vida de la mayor parte de la sociedad, están circunscritas en este círculo estrecho y egoísta: gozar y brillar en el mundo.

Apenas la joven, cual delicada rosa que comienza á entreabrir su corola, todavía perfumada de inocencia, es trasplantada del colegio al hogar, cuando ya respira una atmósfera malsana, saturada de miasmas deletéreos.

Por todas partes no halla sino incentivos para sus pasiones que despiertan y lazos que la aprisionan, seducciones que cautivan su inexperto corazón; y para contener el ímpetu avasallador de ese torrente de halagos y placeres que amenazan la virtud de una joven ¿qué vallados la resguardan? ¡Mezquinos sentimientos de honor, pretensiones de dignidad... frágiles esquifes que se rinden al empuje de entumecidas olas de las pasiones! Algo más: cierto asomo de piedad, piedad sentimental,



LA B. MARIANA DE JESÚS ENSEÑA LA DOCTRINA CRISTIANA
Á LOS NIÑOS Y Á LOS POBRES

piedad de buen tono, piedad sin espíritu... ligeras brumas que se desvanecen al soplo de vendavales seductores.

Acosada de continuo la joven por una insaciable sed de goces; cegada por el vano brillo de falaces honores y triunfos efímeros del amor, seducida en fin por el encanto de un mundo corrompido y corruptor, se entrega á una vida muelle, á una vida disipada, á una vida sin objeto.

¿Qué sucede entonces? Que la virtud sucumbe, y esa hermosa rosa perfumada en su mañana, rica en esperanzas, se marchita prematuramente, deshoja sus tristes pétalos y muere... ¡Ay! muere para todo lo bueno, muere para todo lo grande, muere para todo lo noble, bello y generoso.

¿Quién podrá calcular las tristísimas consecuencias de semejante vida?

Pero, á lo menos ¿será feliz ese corazón? No, imposible. Semejante vida no puede engendrar sino tedios y desazones por el momento, y, más tarde, inevitables amarguras.

Por el contrario, una vida virtuosa, seriamente ocupada, una vida sostenida por el espíritu de sacrificio, que es la preparación para el desempeño de arduas é importantísimas obligaciones para el porvenir, no puede menos de labrar la dicha verdadera de una joven cristiana, volviéndola el honor de la familia, un tesoro codiciado y el encanto de la sociedad.

Mas bendigamos á la Providencia que proporciona los remedios á los males.

En sus altos designios Dios ha querido que, en nuestros tiempos, apareciera la radiante figura de la *Azucena de Quito*, derramando por todas partes el suavísimo perfume de su inocencia, atrajera con el encanto de sus virtudes é iluminara con el esplendor de sus admirables ejemplos, presentando á las jóvenes cristianas un perfecto modelo de lo que deben ser en el hogar doméstico, para que siguiendo sus huellas labren no sólo su propia dicha, sino la felicidad de sus familias y de la sociedad entera.

En efecto, Mariana de Jesús, con su vida diametralmente opuesta á esa vida muelle y sin objeto de que hemos hablado antes, ofrece el tipo acabado de la joven cristiana santificada en el hogar.

Esa gran figura moral, trazada en breves rasgos, nos complacemos en presentar á las jóvenes cristianas, diciéndoles: mirad ese modelo, copiadlo en vuestro corazón, reproducidlo en vuestra vida entera.

¿Queréis ser grandes? Alimentad en vuestra alma las generosas aspiraciones de Mariana de Jesús. Queréis ser nobles? Cultivad en el jardín de vuestro corazón las amables y nobilísimas virtudes de la *Azucena de Quito*.

Apenas frisaba en los doce años. Todo le sonreía en torno; su posición social era envidiable: vástago de padres esclarecidos, noble, rica, hermosa, dotada de inteligencia privilegiada, de carácter suave y corazón generoso ¿qué le faltaba para lucir en el mundo y granjearse lo que se llama un porvenir brillante? Nada.

Sin embargo, iluminada de lo alto, conoció el engaño del mundo; sospechó los grandes peligros ocultos bajo manto de flores; comprendió que su alma no podía hallar perfecto sosiego y verdadera dicha sino en el servi-

cio de Dios, por lo que resuelta y valerosa dió de mano á los halagos y vanidades del mundo.

En su propia casa se procuró un modesto retiro y vivió en medio de los suyos, preocupada solamente de agradar á Dios y santificarse.

Inútil es decir que renunció de lleno á todo cuanto forma el atractivo y preocupación de las jóvenes de sociedad.

No la busquéis en los teatros en donde con harta frecuencia cada vicio tiene su legítimo representante, y de donde sólo la virtud y la decencia están excluidas.

No la busquéis en los bailes, que son «viajes rapidísimos al rededor de infinitos peligros para la inocencia, el pudor y la honestidad». ¡Ah, no brotan azucenas en los salones de baile!

No la busquéis en los paseos y en las tertulias, en donde reinan aquella franqueza y libertad que traspasan los límites del decoro y comprometen la conciencia.

En una palabra, todo ese conjunto peligroso de preocupaciones frívolas en que tantas jóvenes hallan, á la vez que halagos seductores, profundas amarguras y atroces remordimientos, Mariana de Jesús no los conoció.

No se crea por esto que haya sido ajena á las dulces expansiones de la amistad, ó dejase de cumplir con sus deberes sociales. Nó: la verdadera amistad es dulce, amable y cautivadora y así fué fiel á Dios, fiel á sí misma, fiel á los suyos, fiel á su patria, comprendió todo el alcance racional de sus deberes y los cumplió todos con perfección.

Elegida de Dios para que fuera modelo de virtud entre las jóvenes de su edad y condición, en el propio hogar,

en medio de la sociedad, supo resolver el problema de elevarse á la perfección cristiana en medio del mundo, estableciendo el comercio íntimo con Dios, y manteniendo, al propio tiempo, las amistades imprescindibles que su posición social exigía, con las jóvenes de su misma esfera y con todas las personas que, por la gloria de Dios y el bien de sus semejantes, tenía que rozar para el éxito de sus empresas.

Vedla en la intimidad con Dios. En las horas de soledad en su habitación, y en el templo en los momentos de contemplación de los sagrados misterios y de la recepción de los sacramentos, el mundo y todo lo que hay en él desaparecían de su vista. Sólo Dios y su voz divina que resuena en el silencio y en el recogimiento profundo del corazón; sólo las inspiraciones íntimas y amorosas que hace sentir al alma desasida de lo terreno é inflamada en divinos amores, cautivaban el corazón de Mariana y absorbían sus potencias y sentidos en las horas consagradas á la piedad.

Miradla en sociedad con sus amigas. En su porte noble y en sus vestidos resplandece la modestia; en sus modales y atenciones la cultura distinguida sin afectación; en sus conversaciones y palabras la dulzura, la sencillez y la ingenuidad. No es mustia ni sombría, no revela la expresión de su semblante desconfianza que lastima, ni familiaridad que repugna.

Respetuosa, su mirar dulcísimo, su sonrisa llena de inocencia que cautiva, sus gracias y expansiones, todo ese conjunto de encantos, frutos de su alma elevada á Dios, hacen que su sociedad sea la felicidad de sus amigas.

No habla de cosas vanas ni mundanas, que son el

tema favorito de la joven disipada; ninguna ligereza ó inclinación á novedades juveniles preocupan su atención; no habla de sí misma, ni de hechos ajenos que no sean edificantes. Con aquella habilidad que inspira el temor de Dios y el vivo deseo de llevar á todos el amor divino, hace que sus conversaciones sean gratas, consoladoras y espirituales. Las horas son instantes en su compañía, y sus amigas se retiran felices, con nuevos deseos de volver á verla, oirla y estar con ella.

Contempladla en su misión de hacer el bien. Muerta á sí misma, esto es, al egoísmo, sólo vive para Dios y para el bien. En su alma juvenil se anidan las aspiraciones del apóstol, pues por convertir á la fe á los pueblos que yacen en sombras de muerte, anhela ir á verter por ellos su sangre; siempre dispuesta á sacrificar sus bienes, su salud, su vida, por hacer conocer y amar á Dios si le fuera dado al mundo entero; cifra sus encantos en enseñar á la infancia y á los pobres desvalidos la doctrina cristiana y todo lo que su inflamado celo le inspira.

Los ayes y dolores ajenos, la ruina de las almas y su perdición eterna, los males y calamidades de todo género, de la Iglesia, de su patria, del mundo entero, conmueven hondamente su tierno y compasivo corazón; y no estando á su alcance remediar tantas desventuras, derrama torrentes de lágrimas, hace penitencia y desahoga su dolor ante Dios con su oración ferviente que todo lo alcanza.

Nunca se vió joven más patriota que Mariana de Jesús. Si no le fué dado, como á Juana de Arco, ser el numen de la victoria en los campos de batalla, alcanzó como ella á salvar á su patria con el sacrificio de su vida,

librándola de males que todos los ejércitos del mundo no hubieran alcanzado á conjurarlos.

Hé ahí el modelo de la joven cristiana en el hogar, he ahí la esbelta figura radiante que la Iglesia propone como modelo á la juventud femenina de nuestro continente y del mundo entero. Contempladla, oh jóvenes cristianas, es una de vosotras; se ha despojado de las pequeñeces de su sexo, de las efímeras preocupaciones con que el mundo tiraniza á las jóvenes de su edad; y en alas de la fe, de la esperanza y del amor á Dios se ha encumbrado, como águila, á las sublimes regiones del heroísmo, y se ha hecho inmortal y gloriosa en el tiempo y en la eternidad.

X. X.

LA NIÑA DE LA ESTRELLA (1)

LA AZUCENA DE QUITO

ROMANCE

A orillas del Cauca undoso,
Dulce niña de la Estrella,
Para bendecir tu aurora
Entono mi cantinela.
La majestad de estas aguas
La calma de estas riberas
El vago rumor del viento
Retozando en las florestas,
La soledad que apacible
Me conmueve y embelesa
Y el esplendor de ese cielo
Que abraza tanta belleza,
A cantarte me convidan,
Fragantísima Azucena,
Flor de mis nativos valles,
¡Prez y encanto de mi tierra!

(1) Los contemporáneos de la B. Mariana de Jesús la llamaban *La Niña de la Estrella*, a causa de un foco luminoso a modo de estrella, que apareció sobre la casa el día de su nacimiento.

¿Qué importa que mis acentos
Se confundan ó se pierdan?
¡Tú aceptarás, oh Mariana,
De mi amor la pobre ofrenda!

*
**

Es de noche; hondo silencio
Por todas partes impera
De la gran ciudad de Quito
Entre las calles desiertas.
Su pabellón recamado
El cielo sereno ostenta
Y sólo suspira el aura
En misteriosas querellas.
De súbito, peregrino
Resplandor se manifiesta:
A los rutilantes astros
Eclipsa una nueva estrella
Coronada de una palma
Deslumbrante de belleza
Cuyos airosos plumajes
Son otras tantas estrellas.
Sobre un antiguo palacio
De castellana grandeza
Que de virtud mil ejemplos
En sus escudos enseña,
Esa aparición divina
Sus resplandores proyecta.
¿Qué alumbran esos luceros?
¿Qué anuncia esa nueva estrella?

*
**

En ese feliz instante
De Quito es la noble tierra,
Pensil de aromadas flores,
Cuna de tanta belleza
Al soplo divino brota
Una graciosa azucena,
Para lustre de su Patria
Y corona de la Iglesia.
Pura como una alborada
Como la vida, risueña,
¿Del Paraíso perdido
No eres tú, flor hechicera?
¿Cómo envidian tu fragancia
Rosas, violas y azucenas!
Bella flor, desde el capullo
De las flores eres reina!
En tu graciosa corola
Relicario de inocencia,
De los tesoros del cielo
Puso Dios brillantes perlas,
Y un serafín abrasado
Guarda la sellada puerta
De ese cáliz, donde el fuego
Del divino amor se incendia.

*
**

La gracia, cual manto de oro,
Cubre tu alma predilecta

Y las virtudes y dones
Como joyas y preseas
Forman en tu pecho un cielo
Sembrado de mil estrellas.
¡Dios mismo en alma tan noble
Halla dulces complacencias!
Sí, la Trinidad augusta
Su trono en tu pecho eleva
Y las divinas Personas
De sus carismas te llenan.
Irradia en tu frente pura
Rayo de increada ciencia,
Y á su fulgor inefable
La Deidad tu alma contempla.
En esas calladas horas,
Fuera de sí tu alma bella
Al suave impulso mecida
De la gracia, onda serena,
En Dios absorta la mente.
Y olvidada de la tierra,
La lira de los querubes
Rasga tu púdica diestra
Y en melodiosos raudales,
El amor que te enajena
De tu corazón se escapa
Como encendida saeta
Y abrasa en su dulce llama
A las celestes Doncellas
Que por unirse á tu canto
La mansión eterna dejan.

*
**

De virtudes alto ejemplo
Es tu preciosa existencia:
En ese ideal dechado
Copia el niño la pureza;
La virgen, el pudoroso
Manto de sin par modestia;
La matrona, el noble instinto
De caridad y clemencia;
El joven, el patriotismo;
El hombre, la fortaleza,
Y hasta el ángel, con asombro,
En ese espejo, contempla:
El amor y vivo anhelo,
El acierto y alta ciencia,
Con que los mandatos cumple
De la omnipotente Diestra.

¡Eres á la vez, Mariana,
Blanco lirio y suave estrella:
Purificas con tu aroma
El ambiente de la tierra,
Y señalas con tu brillo
De los cielos la ardua senda!
Mas, como de flor, tu vida
Fué corta, pura y risueña:
El amor te dió hermosura,
Perfumes mil la pureza,

Lozanía un cruel martirio
De asombrosa penitencia
Y en fin, plegó tu corola,
¡Rico tesoro de esencias!
El mismo amor que la vida
Para otro jardín te diera
¡Ah! para el Edén nacida,
Tierna Virgen de la estrella,
Los ángeles te llevaron
Entre conciertos de fiesta.
De entonces hay en el cielo
Un ángel más, y en la tierra
¡Vasto erial de amargo llanto!
Faltan ¡ay! las Azucenas!

RAFAEL DEL POZO,
C. S. S. R.

ALOCUCIÓN

DIRIGIDA Á LAS JÓVENES DEVOTAS DE LA B. MARIANA DE JESÚS
POR EL P. ANTONIO JARA
C. S. S. R.

LA AZUCENA DE QUITO

*Sicut liliū inter spinas, sic
amica mea inter filias.
Como azucena entre las espinas,
así es mi amiga entre las vírgenes.*

(Cant. de Cant. II. 2)

Estas hermosas palabras del Cantar de los Cantares, que tan oportunamente se aplican á la B. Mariana de Jesús, Azucena de Quito, son la expresión viva de su espíritu y de su vida admirable.

Voluntad de Dios fué que, como cetro de realeza, empuñara en sus manos virginales una hermosa azucena, símbolo de su pureza sin mancilla.

Conocida es de vosotras su historia. Apenas su alma se remontó á los cielos, cuando de su sangre tibia aún brotó, milagrosamente, aquella azucena que le ha dado el poético nombre con que la invoca la Iglesia.

Llamado á última hora, á dirigiros la palabra, permitidme que os haga algunas breves reflexiones enderezadas á avivar la devoción hacia esta joven que es, con razón, el objeto de vuestra admiración y piedad, y que os animarán á la imitación de sus virtudes.

Y bien, ¿qué os diré de la Azucena de Quito? El pensamiento que en este instante domina mi espíritu es el de su angelical inocencia. Voy á hablaros, por tanto, de la pureza de Mariana de Jesús y manifestaros:

- 1.º *Cómo Mariana de Jesús practicó la pureza, y*
- 2.º *Cómo vosotras debéis imitarla.*

¡Oh angelical Mariana, que sigues al Cordero sin mancha, cantando el cántico nuevo en los collados eternos, interpón ante Dios

tu poderoso valimiento para que mis palabras sean fructuosas en los corazones de estas jóvenes que te aman!

Al penetrar en un ameno jardín á primera vista nos sorprende la hermosa variedad de las flores; mas, hay entre ellas una que atrae nuestras miradas y cautiva nuestra atención de un modo especial. Hermosa como ninguna, de erguido talle, de blanca y perfumada corola, se destaca brillante y pura, como una reina rodeada de brillante séquito. ¿Y cuál es esa flor? Ya lo habéis comprendido: es la azucena. Del mismo modo, si penetramos también en el jardín cerrado (1) del corazón de Mariana de Jesús, muchas flores cautivan nuestra atención: la encendida rosa de la caridad, las perfumadas violetas de la modestia y de la humildad, etc. Pero, de entre todas, admirados contemplamos aquella que atrae las miradas de Dios y sorprende á los mismos ángeles: la azucena de su pureza.

A la verdad, así como salió inmaculada de la fuente bautismal, así pura y sin mancha voló su alma al seno de Dios, después de haber pasado por el lodazal de este mundo, sin haberse contaminado jamás con la inmundicia de la culpa.

¿Pero, ¿en dónde encontró el misterioso secreto de su preservación? Cuando contemplamos el mundo lleno de lazos y seducciones; cuando paramos mientes en la espantosa debilidad del corazón humano; cuando recordamos el poder terrible de nuestro capital enemigo, el demonio, que nada ansía tanto como arrastrarnos al abismo del pecado y precipitarnos en la perdición eterna; cuando consideramos todo esto, hermanas mías, no sin razón podemos decir que fué un misterio la inocencia maravillosa de Mariana de Jesús; y es justo que investiguemos tan admirable secreto.

«*Sicut liliū inter spinas sic amica mea inter filias. Como el lirio entre las espinas así es mi amiga entre las vírgenes.*» Esto quiere decir que la angelical virtud no conserva su frescura y lozanía sino rodeada de espinas.

La virtud de la castidad es una virtud batalladora, siempre en continuo combate contra sus implacables enemigos: el mundo y sus vanos halagos, la carne y sus emponzoñadas inclinaciones, el demo-

(1) Hortus conclusus, Cant. de los Cant. IV. 12.

nio y sus ocultas maquinaciones. ¡Ay! cuán triste es la situación del hombre en esta mansión de prueba.

El alma que quiere mantenerse pura, debe estar siempre vigilante, cual centinela alerta, para el combate. ¿Y cuáles son los medios ó armas que le asegurarán el triunfo á su pureza? *La fuga de las ocasiones, la mortificación y la oración.*

La bienaventurada Mariana de Jesús conservó con esmerada perfección su pureza virginal, valiéndose de esas tres armas. Desde su infancia, preservada de la fealdad del vicio, recibió de Dios el conocimiento de la hermosura incomparable de la virtud angélica, é hizo voto de castidad cuando apenas frisaba en los seis años de edad. Para cumplir con fidelidad los compromisos contraídos con el divino Esposo, con quien se había desposado, eligió el silencio y el retiro. Nunca se dejó ver, hermanas mías, en los lugares frecuentados, ni en los espectáculos peligrosos, ni en los teatros, en donde se hace la apoteosis del vicio, ni en los bailes ni diversiones mundanales, en donde cubre su rostro el ángel del pudor, y cada vicio tiene su representante; sólo se la vió al pie de los altares, ó en lo más recóndito de su habitación: allí, á solas con su divino Esposo, desahogaba su corazón rebosante de amor, y recibía de Jesús la fortaleza y el valor, para remontarse á las alturas de la perfección cristiana.

No es esto todo. El espíritu de mortificación de Mariana será siempre el asombro de los siglos; pues las grandes maceraciones que admiramos en los esforzados anacoretas, eran la entretención de su infancia, no en expiación, sino para preservación del mal, ya que es raro el corazón juvenil que escapa del naufragio, y conquista la libertad del espíritu. Su modelo era Jesucristo crucificado, cuyas huellas ensangrentadas siguió hasta el Calvario. Cubría de cilicios su inocente cuerpo, llevaba una corona de aceradas puntas y un corsé de punzadoras cerdas á raiz de la carne. Cinco veces al día empapaba el pavimento y las murallas de su pieza con disciplinas sangrientas. Mas Dios, que no se deja ganar en generosidad, recompensó á su sierva haciendo que su sangre exhalara tal fragancia, que superaba en suavidad á todos los perfumes de la tierra.

La sed inextinguible de asemejarse á Jesús y de reproducir en sí al divino modelo, era el estímulo que le arrastraba á estos maravillosos excesos, inspirada y sostenida por el Espíritu Santo.

¿Y qué os diré de su portentoso espíritu de oración? Conven-

cida de la necesidad de la oración para conservar intacto el hermoso lirio de la pureza, el que sólo florece con el celeste y abundante riego de la plegaria, á la que ninguna otra cosa puede reemplazar, puesto que no es dado el triunfo completo sobre los enemigos del alma, sino á la gracia, que Dios comunmente no la concede sino por la oración. La vida de Mariana de Jesús, fué por esto una continua oración y perfecto recogimiento. A los siete años de edad ya empleaba dos horas diarias en la oración y contemplación de los divinos misterios; y más tarde, la mayor parte del día y de la noche la empleaba en este ejercicio divino. Pero cuando Mariana redoblaba su oración era en los momentos de combate y de las pruebas interiores. Entonces oraba más que nunca, y oraba con humildad y confianza, con fervor y perseverancia; oraba desde el primer instante que advertía el asalto del infierno; oraba con tanto mayor ardor cuanto que sus sufrimientos eran más terribles. ¡Señor, decía entonces con el Apóstol San Pedro, *sálvame que perezco!* (Mat. VIII. 25). Pero, sobre todo acudía á María Santísima, tierna y bondadosa Madre, que tanto desea vernos preservados del mal. Decíale con el corazón inflamado de amor: ¡Madre mía, ayudadme!.. ¡Muéstrate que eres mi Madre, para que no prevalezca el enemigo!.. Pronunciaba con amor y reverencia, con profundo cariño y celestial confianza, los sagrados nombres de Jesús, María y José; repetíalos varias veces mientras yacía sumida en la angustia y la desolación; por fin, con la laudable costumbre que tenía de rezar algunas oraciones particulares, obtuvo siempre de Dios la gracia del triunfo y del consuelo en todas las penas y tribulaciones á que la Providencia la sujetara.

Ved, pues, jóvenes piadosas, descubierto el secreto de la pureza angelical de Mariana de Jesús. Su amor al retiro, su mortificación y su continua oración... fueron los baluartes poderosos con que escudó á la hermosa virtud, para mantenerla en todo su esplendor y brillantez.

¡Oh, jóvenes devotas de Mariana de Jesús! Si amáis la pureza, si queréis mantener vuestra conciencia sin mancha y ser agradables á Dios, imitad á vuestra santa Patrona. Amad el retiro, huid de los espectáculos peligrosos, mortificad vuestros sentidos y vuestro corazón, velad sobre ellos, porque si os descuidáis os traicionarán, y os perderéis eternamente; sobre todo orad, sí, orad mucho, orad en todas las pruebas y peligros de la vida, de modo que respiréis siempre la atmósfera de la oración.

Si usáis de esas armas nunca el enemigo de vuestras almas podrá haceros el menor daño. Cuando el enemigo ruge en torno de vuestro corazón, es indicio que no está dentro, si vuelve frecuentemente ó con mayor furor, es señal que existe en vuestro corazón un tesoro muy rico que anhela arrebatáros. ¡Confianza! Seguid siempre adelante en el camino de la virtud. Bien sabéis, Nuestro Señor no permite nunca que las pruebas y tentaciones sean mayores que vuestras fuerzas; pero quiere que le pidamos la gracia del triunfo á imitación de la gloriosa Azucena de Quito, y lo obtendréis con seguridad. Si así lo hiciéreis vuestros corazones conservarán toda su lozanía, atraerán las miradas de Dios y émulas de los ángeles, seréis la maravilla del mundo; María, la inmaculada por excelencia y Reina de las vírgenes, os mirará con predilección, y, á la hora de la muerte, podréis presentar á Jesús un lirio perfumado y sin mancha, que será el emblema de vuestra realeza en el cielo. Amén.

A LA AZUCENA DE QUITO

SONETO

« Hé aquí la esclava del señor », la esposa
Del Increado dijo, y cuerpo humano
Tomó al instante el Verbo soberano,
Que en cielo trueca el alma en que reposa.
Y Dios un día su mirada posa
Del Nuevo Mundo en el vergel cristiano,
Y el tierno broche, tímido y galano,
Se entreabre humilde una Azucena hermosa.
Hoy circula la brisa perfumada,
Al beso de la agreste florescencia,
De esa alma noble para Dios formada;
Y dice el aura, al esparcir la esencia
De la Azucena al cielo transplantada:
« Dios busca la humildad y la inocencia ».

L. BARROS MÉNDEZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GRATITUD

A Mariana, Azucena de Quito

Entre las bellas y aromadas flores
 de mil varios colores,
 allá en un campo hermoso
 de florida y eterna primavera,
 en día memorable y venturoso
 una casta azucena blanca y pura
 sus pétalos abrió por vez primera.
 En su alrededor las tiernas mariposas
 jugueteaban alegres y animosas
 y apacible la brisa la mecía
 porque ella era la reina soberana,
 la luz y la alegría
 de esa pradera fértil y galana.
 Y esa flor que la mano bondadosa
 de Dios omnipotente
 hizo brotar espléndida y graciosa
 cual prenda sobrehumana
 de su pródigo amor, santo é infinito
 has sido tú ¡oh, angélica Mariana!
 blanca azucena de la hermosa Quito.
 Tú que de tus virtudes con la esencia
 perfumaste la límpida conciencia
 de aquella alegre juventud pasada
 feliz testigo de tu santa vida

que te vió en tus angustias resignada
 siempre alegre y feliz, nunca afligida.
 Tú que hoy, llena de glorias y triunfante,
 á los mortales desde el cielo gritas:
 «¡Adelante, adelante!
 luchad y alcanzaréis glorias benditas!»
 deja, Virgen, que al pie de tus altares
 triste bardo, y errante peregrino
 de la vida, en el áspero camino
 alce á tí reverente mis cantares

 Era una noche lóbrega y sombría,
 de profunda amargura y de tristeza.
 Como esa noche estaba el alma mía
 porque ya no encontraba
 ni consuelo, ni encanto, ni belleza.
 Contemplaba en su lecho
 á mi adorada madre moribunda;
 apagada en sus ojos la mirada
 y sin aliento ya su triste pecho.
 Mi pena era profunda;
 y venía á formar hondo contraste
 en mi turbada mente
 aquel recuerdo de mi edad primera
 alegre y placentera
 y aquella triste realidad presente.
 ¡Oh, qué acerbás angustias!
 qué intensos sufrimientos
 desgarraban mi pecho dolorido...
 Como las flores mustias
 que no tienen del aura los alientos

lloraba yo mi bienestar tronchado,
cuando Dios en su excelsa bondad quiso
que mi inmensa congoja
término al fin tuviera inesperado.

Llegóse á mí callado
un generoso amigo
á quien ví siempre en mis dolientes horas
llantos y duelos compartir conmigo.

«Qué triste estás, me dijo,
yo también como tú, también me aflijo.
Pero no llores ni te apenes tanto
que si es verdad que fuego son las penas
que tu pecho devoran
son también fuego que no apaga el llanto.

Pon en Dios tu confianza;
El prometió consuelo á los que lloran;

sufre, no desconfíes
abre tu corazón á la esperanza,
invoca fervoroso
la protección de aquella que es llamada
purísima Azucena,
pues ella sabe perfumar la pena
y convertir la sombra en alborada.»

Yo seguí de mi amigo los consejos
y oré á la santa por mi madre amada,
y al implorar su amparo, ya lo obtuve,
Con inefable gozo ví salvada
la tierna madre mía;
y hoy en mi hogar risueño
al honrar á la Santa Milagrosa

nunca olvido á aquella alma generosa
que abrió mi corazón á la alegría.

.....
¡Mariana, ¡oh Virgen Santa!
la humilde prez escucha
del alma agradecida que te canta
y te rinde tributo
de gratitud eterna.
Oye también mis votos
porque en todos los ámbitos del mundo
alce su voz el hombre
para ensalzar tu nombre.

Tierna Mariana, cándida paloma,
flor á la sombra de la cruz crecida
de dulce encanto y celestial aroma,
haz que anide Jesús en nuestra vida
y que llegue hasta el alma vacilante
la luz de Dios magnífica y triunfante!

CARLOS CISTERNAS Y CIFUENTES.

Noviembre de 1903.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SOLEMNIDAD

Como estaba anunciado en los diarios de la capital, el programa de la novena y fiesta del quincuagésimo aniversario de la beatificación de la B. Mariana de Jesús, se ejecutó en todas sus partes.

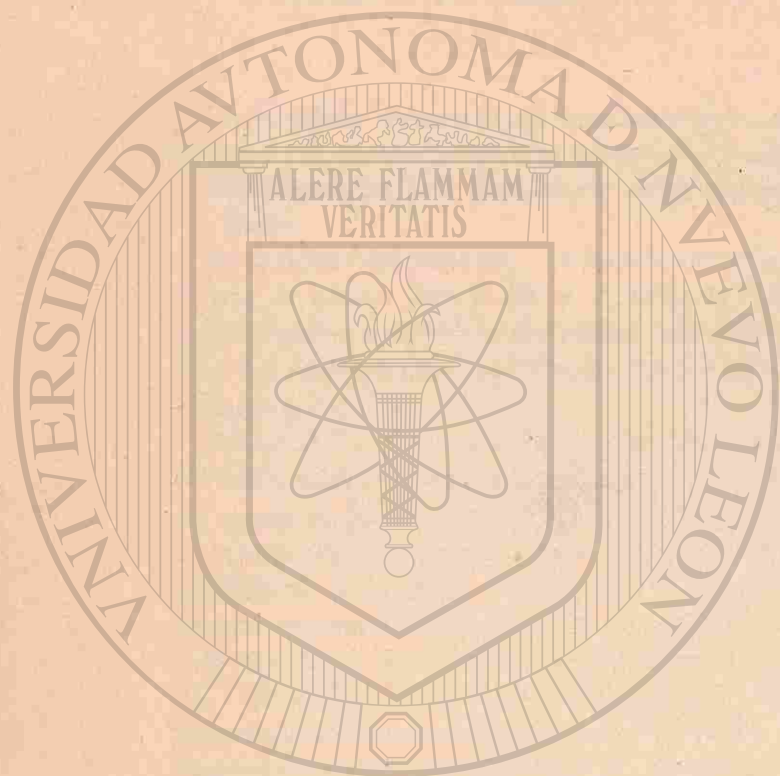
En la Iglesia del Salvador, á la derecha del altar mayor descollaba la esbelta estatua de la Azucena de Quito, sobre un artístico pedestal, adornado con nardos, azucenas y flores blancas, que, entreveradas con la muchedumbre de luces, daba un hermoso golpe de vista.

A las 9 A. M. el Ilmo. y Rmo. señor Roberto M. del Pozo, celebró la misa de la novena todos los días, con acompañamiento del órgano y cánticos especiales en honor de la Beata. Después de la misa, los padres redentoristas diariamente hicieron la exposición de las grandes virtudes de la Azucena de Quito, y exhortaron á los fieles á seguirle en sus ejemplos.

El día de la fiesta el culto revistió mayor esplendor. A las 8½ A. M. el Ilmo. señor Roberto M. del Pozo, vestido de pontifical comenzó la misa solemne en medio de los acordes del órgano y de amenas voces. Después del evangelio el señor Presbítero don Samuel Silva de la Fuente ocupó el púlpito, é hizo el panegírico de la Azucena de Quito, con mucha facundia y elocuencia; presentó los rasgos más culminantes de toda la vida de la Beata, admirablemente, y dejó en el auditorio, que fué numeroso y escogido, una impresión grata é indeleble de amor y devoción hacia la que es objeto de nuestro culto.

Interpretando los deseos de los devotos de la B. Mariana de Jesús, hemos publicado en este folleto el panegírico del señor Presbítero don Samuel Silva de la Fuente.

Al fin de la misa pontifical resonó en los ámbitos del espacioso templo del Salvador, el himno en honor de la Azucena de Quito, cantado al són de música y de variadas voces, con lo que se dió por terminada la solemnidad del quincuagésimo aniversario de su beatificación, que la piedad de Santiago de Chile le ha obsequiado en homenaje de amor y veneración.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	PÁGS.
Licencia eclesiástica.....	1
La Azucena de Quito.....	2
Litteræ Apostolicæ, Brevis pro beatificatione.....	4
Letras Apostólicas, Breve para la beatificación.....	5
Curaciones prodigiosas por intercesión de la B. Mariana de Jesús. I.....	12
Nuevo prodigio. II.....	14
Alcanza de Dios otro prodigio. III.....	15
Curación portentosa. IV.....	18
Sigue manifestando su protección con un nuevo prodigio. V.	22
Otro portento de la Azucena de Quito. VI.....	25
Gracias espirituales.....	28
Decretum limana canonizationis.....	31
Decreto en la causa de canonización de la B. Mariana de Jesús.....	32
El gran día se aproxima.....	36
Lo que falta para la canonización de la B. Mariana de Jesús..	38
Panegírico en honor de la B. Mariana de Jesús.....	42
La Azucena de Quito ó la joven cristiana en el hogar.....	67
La Niña de la Estrella (romance).....	74
Alocución dirigida á las jóvenes devotas de la B. Mariana de Jesús.....	80
A la Azucena de Quito (soneto).....	85
Gratitud á Mariana Azucena de Quito (poesía).....	86
La solemnidad.....	90





U A N

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

ECIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

B
R
C